261

DOCTOR SPACE

J. GARLAND



DOCTOR SPACE

JOHNNY GARLAND

DOCTOR SPACE

Colección **ESPACIO**

Doctor Space

por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 16.569 - 1961

Núm. De Registro: 4.831- 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. – Arnaldo de Oms, 51- 53, Barcelona

PRÓLOGO

—Lo siento, Jim. Creo que vas a quedarte solo... en este cacharro...

—¡No! —aulló Jim Farrell—. ¡Eso no es posible, Walt! ¡Es preciso que te repongas, que cuides del cohete... o ninguno llegará vivo a la Tierra!

—Yo, desde luego, no seré quien llegue vivo, pase lo que pase con el «rocket», amigo mío... Esto se termina, y tú lo sabes mejor que yo mismo. Por algo eres médico.

—Pero ¡es que tú «no puedes»... no puedes desvanecerte ahora, ni cosa parecida! —estalló Farrell, con una leve duda, una vacilación entre ambas partes de la frase—. ¡Has de mantenerte despierto, atento a los controles!

—¿Despierto? Oh, no se trata de eso, Jim. No intentes suavizar las cosas... No me voy a desvanecer, ni nada semejante. Sabes muy bien que voy a morir.

—Walt, estás diciendo tonterías. Esas molestias al corazón, esa fatiga... ya lo sentiste otras veces. Yo mismo te dije en una ocasión que no deberías volar por el espacio, que no resistirías pruebas así...

—Vamos, Jim, no me vengas ahora con reproches —sonrió forzadamente Walt Hapman, lívido, respirando fatigosamente—. Tú dijiste eso. ¿Y de qué sirvió? No por ello la «Spacial Navigation Company», me concedió la baja. Por el contrario, el doctor Sherman y el doctor Miller me dieron por perfectamente apto, tras una prueba cardíaca electrónica y volví a mi puesto.

—Debiste negarte a volar. Esos médicos no sabían lo que decían. No podías viajar por el espacio, no estás en condiciones de afrontar la gravitación artificial. Es menos intensa pero mucho más perjudicial para el corazón que la auténtica gravedad terrestre.

—Tenía que elegir entre mi baja voluntaria, con lo que significaba de renuncia al empleo y al sueldo, o continuar trabajando para la «S. N. C.», como hice. Al menos, ahora mis hijos y mi esposa recibirán la pensión por mi fallecí...

—¡Walt, por todos los diablos, no sigas! —rugió Jim Farrell, apretando las mandíbulas. Pegó un puñetazo violento en la mesa de la cabina. Si no hubiera sido de plástico metalizado, hubiese saltado en pedazos bajo el impacto—. ¡Cuando vuelva a la Tierra, haré retirar la licencia médica a esos dos canallas, haré procesar a Sherman y Miller por su ruindad y su torpeza! ¡No merecen ser médicos, no son dignos de que nadie les llame «doctores»!

—Vamos, vamos, Jim. No podrás hacerlo, aunque yo muera. Ellos son más poderosos que tú, tienen medios más fuertes para estar situados, aunque no saben casi nada sobre medicina espacial. Pero es muy bonito titularse «doctor en Medicina del Espacio», cobrar un sueldo fabuloso y recibir los honores que no se merecen. Sherman y Miller serían los que te hundirían a ti, si hicieras algo contra ellos, muchacho...

—¿Qué quieres? ¿Qué te vea así, enfermo, por culpa de su maldito diagnóstico, que era un error descomunal?

—Tendrás que hacerlo... como lo hago yo, que soy el más perjudicado. No se puede ir contra la corriente, Jim. Los poderosos están siempre arriba, recuérdalo. Y su pie nos puede aplastar con facilidad, antes siquiera de que nosotros les hagamos cosquillas en el tobillo...

Volvía el buen humor proverbial en Walt Hapman. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Cuántos minutos duraría el buen muchacho, el amigo leal y honrado, el magnífico piloto de quien la Compañía no quiso prescindir, aun a riesgo de suceder lo que está sucediendo?

James Farrell, médico de la «Spacial Navigation Company», terminó de llenar de adrenalina la jeringuilla y aplicó la inyección a Walt. Luego, le hizo injerir unas tabletas de cardiotónico rápido, especialmente manufacturado para vuelos espaciales.

No advirtió mejoría alguna. Walt aferraba sus enguantadas manos en torno a los mandos de la nave, en un esfuerzo sobrehumano por mantener el vehículo espacial en su ruta normal, Tierra-Luna y regreso.

Éste era el regreso. Cruzaban aún el vacío, aunque los indicadores de a bordo señalaban una distancia relativamente corta hasta las primeras capas de la Ionosfera, a doscientas cincuenta millas de la superficie terrestre.

Walt acababa de reducir la velocidad espacial de los reactores, adaptándola a la que precisaba para entrar en la atmósfera terrestre sin provocar una fricción que hubiese convertido la nave en una masa candente. Por otro lado, su índice, pulsando el resorte de los poderosos refrigeradores externos, había concedido ya al metal de la envoltura del cohete la necesaria baja temperatura, con una rápida costra de hielo y muchos grados bajo cero, mantenidos contra todo roce cálido exterior, que impedirían que el metal se pusiera al rojo vivo, amenazando con una mortal fusión o un calor imposible de soportar por sus ocupantes.

—Ya llegamos, Walt —dijo roncamente Jim, mirando hacia el altímetro —. Resiste un poco más... Creo que llegaremos a tiempo de hospitalizarte, y allí, en una cámara de vacío, sin gravitación, tu corazón descansará, evitándose el colapso...

Se detuvo. Walt estaba respirando ya con una dificultad increíble. Jim abrió rápidamente la espita del oxígeno y de los depósitos brotó aire

comprimido, que hizo el ambiente fresco, respirable y diáfano. Jim sintió que se ensanchaban sus pulmones con aquel hálito vivificador.

Pero Walt siguió igual. Apenas si, como el moribundo en una mesa operatoria, logró inflar un poco más sus pulmones. Después, su cabeza cayó para atrás, sobre el respaldo de espuma. Jadeó roncamente, muy pálido:

—Se... acaba... Adiós, Jim...

Cedió su cabeza a un lado. Boqueó. Y se quedó con ojos vidriosos y la boca abierta, inmóvil por completo.

Aunque sabía que todo era inútil ya, Jim inyectó adrenalina y aceite alcanforado al infortunado piloto. Todo era inútil. Walt Hapman, había muerto.

El colapso cardíaco se había presentado por fin.

Se quedaba solo a bordo. Solo, con el cadáver de su experto piloto; solo con unos controles que él apenas sabía manejar, por lo complicados y precisos. Observó que Walt Hapman había sido experto hasta su último momento de vida. El piloto automático estaba fijado y la ruta del cohete, si no sufría alteraciones motivadas por el roce atmosférico y otros imponderables, era fija, determinada. Pronto alcanzarían las capas más bajas, las de la estratosfera, y luego la troposfera o nivel de atmósfera a ras de tierra, donde el cohete encontraría la estación terrestre a la que se dirigía desde el Espacio Puerto Número 4, situado a mil quinientas setenta millas de la Tierra, en el espacio exterior.

Pero eso no alteraba las dramáticas circunstancias del hecho. Acaso llegase. Acaso no sucediera nada y el cohete se posara en la superficie terrestre sin problemas. Pero todo ello no devolvería la vida a Walt. Ni haría mejores a los seres que, ineptos o crueles, torpes o indiferentes, habían arrastrado al buen piloto, a la excelente persona que había sido Walt Hapman, a una muerte segura, más allá del espacio terrestre.

Como médico, sentíase furioso, indignado. Como hombre, ni siquiera sabía qué sentir. Si odio, estupor o asco.

Cerró los ojos de Walt, pasando suavemente las yemas de sus dedos por los párpados del piloto. Pensó en su viuda, en sus hijos. Sí, Hapman había muerto cumpliendo su deber. Frente al cuadro de instrumentos de uno de los cohetes que debía tripular, injusta, cruelmente. Pero al menos, como él dijera, se había ganado la pensión para sus familiares. Una limosna que el poderoso Anders W. Gordon, presidente de la Compañía, concedería con gesto magnánimo, como si aún hiciese un favor a los Hapman. Era nauseabundo. La Humanidad se había civilizado mucho en las primeras décadas del Siglo XXI. O al menos, eso decía la gente. Pero quizá la civilización no respetase sensibilidades. O tal vez fuera porque a la insensibilidad le llamaban supercivilización.

Jim Farrell clavó sus ojos en el visor de a bordo. La pantalla electrónica le mostró, poco más o menos, lo mismo que podía ver por las ventanas frontales de la proa del cohete. Negrura, nubosidades al fondo, que crecían a medida que se aproximaba a la Tierra, y las distantes estrellas, simples fulgores blancos en la lejanía.

Había muchos cuerpos celestes de manufactura artificial, cuerpos enviados por el hombre a circunvalar la Tierra. Pero, entre ellos, eran muchas las cosas útiles a la Humanidad que faltaban aún.

Puertos del espacio, satélites, puestos de observación meteorológica, plataformas para saltos espaciales más o menos largos, espejos solares, de uso restringido aún y amplísimo porvenir, aprovisionamientos o satélites nodriza, y una serie más de inusitadas actividades en órbita.

Pero ninguno de los satélites creados por el hombre había servido ahora para salvar una vida. La simple vida de Walt Hapman. Y no sólo se trataba de su vida, con ser muy útil y necesaria para todos. Otras muchas peligrarían, otras muchas se perdían, incluso, por falta de adecuados centros de tratamiento clínico, más allá de la atmósfera terrestre.

—Si hubiéramos llegado a tiempo a la Tierra... creo que le hubiera salvado —musitó Jim para sí, sentándose en el asiento de espuma, inmediato al ocupado por Walt, y contemplando el cadáver con aire abstraído—. Pero aquí, en el espacio... lejos de toda ayuda... era imposible intentar nada.

Inclinó la cabeza. No era culpa suya, ciertamente. Pero como médico, como miembro, incluso, de la propia Humanidad, sentíase terriblemente culpable.

Y volvió a mirar al negro cielo externo, a «los otros espacios», como la gente llamaba a las sendas infinitas situadas más allá de la Tierra, como buscando algo.

Algo que nadie había pensado en situar en el espacio, para velar por las vidas humanas en peligro inminente.



CAPÍTULO PRIMERO

EL REBELDE



S un rebelde. Será preciso expulsarle de la Compañía.

Anders W. Gordon asintió. Miró con expresión inteligente y astuta a sus dos visitantes. Los tres hombres eran como tres pigmeos, perdidos en la

suntuosa comodidad de la gran sala semicircular, hundidos en la blandura muelle y esponjosa de los enormes divanes, con la bóveda de metal y plástico transparente sobre sus cabezas, como un cielo artificial creado por titanes.

Al otro lado de los ventanales curvos, de más de quince metros de altura, y casi ciento cincuenta de amplitud semicircular, la ciudad era un conglomerado fantástico, pulcro y estilizado, de la urbanización más perfecta y bella de todos los tiempos. Edificios verticales o rectilíneos, no muy altos, extendidos horizontalmente entre jardines espléndidos, alimentados artificialmente por los espejos solares; avenidas amplias, de un gris plateado, flanqueadas de setos; vías aéreas; senderos enroscándose en torno a torres y agujas de metal, plástico y cementos sintéticos, todo ello en una sinfonía ultramoderna y rectilínea, de prodigiosa arquitectura funcional.

—Sí, habrá que expulsarle... —comentó Gordon, como un eco, tras unas segundos de pausa que empleó en meditar.

—Ha presentado una denuncia ante el Comité Científico —dijo lentamente el doctor Karl Miller— contra el doctor Sherman y contra mí. Es ridículo, señor Gordon.

—Totalmente ridículo —corroboró el doctor Orrie Sherman—. Nos acusa en ese informe de negligencia, falseamiento de diagnóstico en nuestro examen clínico del piloto Walt Hapman, y nos conmina a que, en el plazo de cinco días, y ante el Gran Jurado Científico de la Sede Central de la Tierra, presentemos nuestro recurso o defensa.

—Entiendo —suspiró Anders W. Gordon lentamente—. Eso quiere decir que, si no se defienden con la debida energía y aportando pruebas suficientes de que su diagnóstico era cierto, les expulsarían del Colegio Médico Intermundial.

—Eso es, señor —asintió Sherman. Entornó los ojos, y añadió, cáustico—. Pero nosotros, naturalmente, no íbamos a caer solos...

—¿Eh? —Gordon levantó la cabeza—. ¿Qué quiere decir, doctor Sherman?

—Usted me comprende bien, señor. Sabe que si el doctor Miller y yo extendimos ese certificado, fue porque Walt Hapman interesaba como piloto. Pero era cierto que padecía una insuficiencia cardíaca que podía serle mortal. Todos esperábamos que no le ocurriría nada y que todo saldría bien. Pero no ha sido así. Ahora, él ha muerto. El doctor James Farrell, que le acompañaba, ha diagnosticado. Y de acuerdo con ese diagnóstico, la muerte sobrevino por fallo de corazón. Nuestro informe oficial, al confirmarse ese extremo, es erróneo. Eso trae aparejada la pérdida de nuestros títulos...

Gordon dijo:

—Bien, no le importe. Seguirán siendo extraoficialmente nuestros asesores médicos. Y percibirán igual sueldo, más una compensación especial por daños y perjuicios...

—Eso no basta, señor —cortó Miller fríamente.

—¿Cómo? —Gordon se irguió, irritado—. Entonces ¿qué pretenden? ¿Un chantaje?

—No se precipite insultándonos, señor. Pretendemos evitar algo peor que la propia exclusión de nuestra carrera. Ese Farrell llevará el asunto a su extremo máximo. Nos acusará de falseamiento intencionado, y eso puede costarnos años de prisión, y a la Compañía, arrastrada en el escándalo, la total desintegración. Porque, naturalmente, nosotros no íbamos a dejarnos hundir solos.

—Entiendo. ¿Temen un proceso por deliberado error criminal?

—Usted sabe que existe ese error deliberado. Y Farrell es un maldito rebelde, que no descansará hasta vernos en un buen lío, si puede lograrlo.

—Muy bien. Sugieran algo, en ese caso.

—Nosotros no podemos sugerir nada. Usted, señor Gordon, tiene la fuerza y el dinero. Evite eso, y evitará que se hunda la Compañía. No basta con expulsar a Farrell. Hay que defenderse de sus acusaciones.

—Para eso, harían falta pruebas. Él tiene pruebas, ¿no es cierto?

—Claro. La mayor de todas: ese certificado del cardio examen a Walt Hapman. A la vista de lo sucedido, es lo peor que pueden presentar ante el Gran Jurado Científico.

—Muy bien. Destruyan la ficha y súplanla con otra —dijo de súbito Anders W. Gordon, con una expresión astuta en sus estrechos oscuros ojos.

—Cielos, eso sería demasiado bonito y fácil —suspiró el doctor Miller—. Pero solamente podríamos hacerlo con dos fichas: la de las oficinas de la Compañía, y la de nuestro Archivo Clínico. Pero ¿y la tercera?

—¿La tercera?

—Sí. La tiene en su poder la viuda de Hapman, como es natural. Si presentáramos una ficha falseada... imagine lo que ocurriría, al confrontarla con la auténtica.

Hubo un silencio meditativo en la amplia sala.

Fuera, bólidos, cohetes y turbocars pasaban vertiginosamente, bien por el azul del cielo o por las bandas grises de las aeropistas urbanas.

Por fin, Gordon se incorporó con un suspiro. No dijo nada, mientras se movía hacia una mesa en forma de media luna, sobre cuyo bruñido vidrio negro, espejeante, aparecía un complicado interfono con numerosas teclas de todos los colores. Pulsó una. Los médicos le contemplaban, sorprendidos y desconcertados, esperando lo que iba a hacer.

—¿Diga, señor Presidente? —habló una voz respetuosa, con vibración metálica, por el altavoz del interfono.

—Avisen inmediatamente a Buddy Ethan —pidió con voz sorda Gordon

—. Es muy urgente. Y confidencial. Que venga al caer la noche, por la entrada subterránea:

—Bien, señor.

Cerró el interfono. Con una sonrisa, se volvió hacia los dos hombres, en tanto prendía con calma un cigarrillo aromático, de boquilla transparente.

Miller y Sherman se miraron entre sí. Luego, volvieron sus ojos hacia Gordon.

—¿Buddy Ethan? —inquirió Miller.

—¿Es el mismo Buddy Ethan que...? —comenzó a hablar Sherman.

—¿...que mataría a su propio padre por mil dólares? —Gordon soltó una risita—. Claro que sí. El mismo, amigos míos. Trabaja también para la «Spacial Navigation Company». Extraoficialmente, se entiende. De esa tarea, solamente el propio Buddy, mi secretario particular y yo, nos enteramos. Y ahora ustedes, por supuesto.

—¿Y qué va a hacer Ethan? ¿Eliminar a Farrell?

—Oh, no sean burdos en sus soluciones, mis queridos doctores —rió Gordon, divertido, volviendo a acomodar su humanidad opulenta en una de las grandes butacas de espuma—. Eso no resolvería nada, y nos llevaría a la cámara de ejecuciones de la Prisión del Espacio.

—¿Entonces?... —indagó Miller.

—Tengo una idea mucho mejor que esa. Ustedes van a confeccionar tres nuevas fichas, con sello y fecha del día en que se le hizo el examen a Hapman, declarando que no es apto para viajes espaciales. Y que, sólo por propia voluntad, ha solicitado navegar aún esta temporada, sin que los médicos ni la Compañía respondan de él. Por tanto, de ocurrirle algo, queda exento del Seguro Mundial, del derecho a percibir pensión su esposa, y se le reconoce «único culpable» de lo que pueda sucederle. ¿Entendieron?

Asombrados, los dos médicos estudiaron a Gordon sin resolverse a afirmar o negar.

—Pero, señor, sólo podríamos substituir dos fichas, como ya le dije —objetó finalmente Miller—. ¿De qué servirían ante la tercera que posee la viuda de Hapman?

Gordon soltó una seca y maligna carcajada.

—Ahí entra, precisamente, la habilidad demoníaca de Buddy Ethan. Ese pillo quitará a la señora Hapman su ficha auténtica... y la suplirá por la falsa. Luego, serán todas destruidas. Es lamentable que la señora Hapman se quede sin pensión ni seguro, pero hemos de protegernos de Farrell y de sus acusaciones. Después, nos ocuparemos de ese maldito medicucho rebelde...

—Pero ¿y si la señora Hapman se resiste, si descubre el intento de sustracción y lucha para evitarlo?

—No ocurrirá. Buddy saber hacer las cosas. Pero si es preciso hacerle algo

de daño a esa señora, siempre sin dejar huellas, por supuesto... Buddy tampoco vacilará por el simple hecho de que sea una desconsolada viuda, caballeros.

Miller y Sherman volvieron a mirarse. Luego, suspiraron, y a sus labios afloró una común sonrisa de alivio.

—Bien, señor Gordon —dijo con voz risueña el doctor Sherman—. Hicimos bien en confiar en usted... Veo que todo va a arreglarse; por fin...

* * *

El rojo y esbelto turbocar se detuvo frente al bloque de edificios de Nuevo Distrito. Jim Farrell descendió del mullido asiento de espuma, cerró la portezuela y se encaminó hacia las viviendas por la rampa dos, que ascendía a las plantas del bloque superior.

Observó que de la rampa siete salía un vehículo a turboreacción, de color azul cobalto. No descubrió quiénes lo conducían, ni tampoco le interesaba demasiado. O, al menos, eso creía él entonces.

Entró en el edificio por su bloque alto, tomó el ascensor y pulsó el botón de la planta sesenta y dos. El vertiginoso turboascensor le depositó en un instante en el lugar requerido, y salió al corredor.

Buscó la puerta del apartamento 609-L. Era el que ocupara en vida Walt Hapman, el magnífico piloto comercial de la S. N. C. Ahora, su viuda y los dos niños residían allí. De Walt, solamente quedaba su fotocopia, perfecta reproducción estereoscópica y en color natural, presidiendo el gabinete desde su marco, pero inanimada y fría, simple recuerdo del que fuera en vida Walt Hapman. Eso, y las habituales grabaciones magnetográficas, las videocintas y todos los inefables y habituales recuerdos que uno grababa de sí mismo y de los cotidianos sucesos, en imagen y sonido, en aquella época de adelantos técnicos. Pero ningún adelanto podía devolver los muertos a sus seres queridos. Esa potestad de Dios, seguía siendo sólo de Él. Todo esfuerzo, todo intento humano, posee sus límites. Incluso en el Siglo XXI, como sucederá en el Siglo Mil.

Pulsó el llamador magnético. La luz osciló en el indicador, pero nadie dio señales de acudir a abrirle. Farrell frunció el ceño. Eso era raro. La viuda de Hapman rara vez salía de casa. Desde la muerte de Walt, posiblemente no pisó la calle más que para asistir a las honras fúnebres por el infortunado muchacho.

Repitió la llamada. La luz roja parpadeó en vano. Nadie abrió la puerta deslizante, de vitroacero. Jim empezó a impacientarse.

Eran puertas resistentes a toda clase de intentos para forzarlas. Su cerradura magnética solamente respondía a medios magnéticos, pero, como los dientes de una llave antigua, esa cerradura precisaba las radiaciones magnéticas exactas, en duración y en intensidad, para abrirse. Solamente la propia magnetollave de cada puerta, era capaz de conseguirlo.

Pero Farrell estaba inquieto. Aguzando el oído, podía percibir dentro el llanto de un niño. Un niño, al que nadie parecía preocuparse en consolar. Acaso a la viuda Hapman le sucedía algo. Era preciso encontrar un medio de entrar allí.

Farrell lo encontró. Dirigióse al ventanal del fondo del luminoso corredor con suelo, muro y techos de brillante y bruñido vitroplast blanco. Corrió el vidrio del ventanal y se asomó. Abajo, había sesenta pisos del bloque alto, más otros cuarenta del inferior, Después de aquellos, el suelo de las avenidas era como un mundo remoto, donde una persona, caída desde allí, si salvaba el laberinto del entramado de vías aéreas, espaciorutas y aerocalles, sería difícilmente reconocible como ser humano.

Sin embargo, Farrell no era de los hombres que se arredran fácilmente. Se puso de pie en el alféizar. No conocía el vértigo ni la atracción del vacío. Ésa era una prueba satisfactoriamente superada siempre por los astronautas, fuesen técnicos o científicos, como él.

Para mayor seguridad, se inclinó y presionó el resorte de goma de sus zapatos. En las suelas, pequeñas agujas surgieron de los orificios practicados en el caucho. Eran diminutas pero potentes magnetoventosas, auténticos imanes capaces de aferrarse a toda superficie lisa, por angosta y difícil que fuera.

Eran sus zapatos de astronauta, y se alegraba de llevarlos habitualmente. Uno nunca sabía hasta qué punto, sobre el propio suelo de la Tierra, podía ser necesario su útil servicio adherente.

Empezó a caminar por una cornisa de no más de cuatro dedos de anchura, asomada al espantoso vacío. Era preciso pisar primero con un pie, apoyar el otro con firmeza cuando el opuesto se alzaba, y así constantemente. Un fallo en las ventosas, implicaría la caída mortal. Pero también significaría lo mismo un fallo en las pisadas lentas, seguras, adherentes.

Así llegó al ventanal que correspondía al piso de los Hapman. Desde fuera, era tarea inútil abrir la ventana. No existía forma alguna de hacerlo. El cristal era muy duro, pero aún existían vidrios capaces de quebrarse bajo un impacto violento, y los de las ventanas eran de ésos.

Envolvió su mano en un pañuelo de fibrester y golpeó con energía. Fue preciso repetir el golpe hasta siete veces, para agrietar el vidrio. Y un par de veces más, bastaron para derribar dentro del piso un enorme fragmento, permitiéndole a él saltar al interior por el boquete abierto.

Miró en torno, pisando la crujiente alfombra de vidrios. Retiró de sus zapatos la propiedad adherente, y corrió hacia donde lloraba el niño.

Lo encontró en su camita, agitando, sus bracitos desesperadamente, con un llanto vivo y desconsolado. Al ver a Jim, su lloriqueo aumentó. Él se inclinó, sonriente, y aflojando ligeramente el cinturón asegurador, que le oprimía demasiado. El niño lloró menos, pero no cesó del todo.

Jim Farrell pasó a la estancia inmediata. Allí encontró al hijo mayor de Hapman. Se llamaba Walt, como él. Estaba en tierra, inconsciente. Tenía el aspecto de haber recibido un fuerte golpe en la cabeza. Un hilillo de sangre brotaba de su occipital.

Farrell apretó los labios con expresión furiosa.

La señora Hapman también yacía allí, a poca distancia de su hijo. También inconsciente. Se inclinó sobre ella. La habían golpeado con violencia, aunque no ofrecía señales de golpes. Pero Jim sabía cuándo una persona se desvanece, y cuándo ha sido atacada violentamente.

Reanimó al niño y a la señora Hapman con un estimulante muy activo, sacado de su pequeño botiquín portátil, en una bolsa plástica de bolsillo, y se apresuró a mezclar en agua un sedante psicoactivo muy eficaz.

Cuando por fin la señora Hapman se recuperó, y le miró fijamente, Jim habló:

—Y bien, señora Hapman, ¿qué ha sucedido?

—Oh, esos hombres... —gimió ella.

—¿Qué hombres? —pidió Jim rápidamente.

—Los que vinieron en el turbocar azul oscuro... Les vi llegar desde el ventanal.

—El turbocar azul oscuro... Sí, cuando yo llegaba lo vi partir. ¿Qué ocurrió?

—Llamaron a la puerta. No acostumbro a abrir a nadie, pero ellos dijeron que venían por un asunto de gran importancia... relacionado con Walt.

—¡Siga! ¿Qué pasó después?

—Les abrí. Parecían gente normal. El que hablaba era un hombre fuerte, enérgico y bien vestido. Tenía un cabello muy curioso. De un color gris ceniza, con dos mechones totalmente blancos... Parecía todo un caballero. Me habló con exquisita corrección, indicándome que tenían que hablar conmigo de algo referente a Walt. Quisieron ver sus documentos...

—¿Se los mostró?

—Iba a hacerlo. Pero cuando abría el armario para sacarlo, algo me hizo sospechar. Y, recordando su consejo, doctor Farrell, cerré de nuevo y les indiqué que solamente lo haría delante de usted. Ellos insistieron, alegando mucha urgencia en el trámite. Incluso me mostraron un documento que parecía ser de la Policía de Sanidad o algo así.

Farrell dijo:

—Sería falso. La Policía de Sanidad no está mezclada en esto... todavía. Termine, por favor. ¿Qué más sucedió aquí?

—Empezaron a amenazarme. Casi me asusté. No me dijeron lo que querían, pero insistían en que mostrara los documentos de Walt enseguida. De

nuevo me negué. Vi que iban a atacarme y grité. Fue un error, porque entró Walt, mi hijo. Al ver que me atacaban, quiso defenderme. Vi cómo uno de aquellos canallas le golpeaba en la nuca. Cayó al suelo... Yo quise defenderle, atacar a esos hombres. Y entonces, a su vez, debieron de golpearme a mí con fuerza. Caí, y no recuerdo más... hasta que usted, doctor Farrell, me ha atendido.

—Bien, no se preocupe. Sus hijos están bien y usted también. Pero quisiera saber si los documentos del difunto Walt están intactos.

—Tienen que estarlo. El armario tiene cerradura eléctrica, y sólo yo conozco la intensidad y número de las cargas precisas para abrirla...

—No se fíe demasiado. Un delincuente habitual, como en los tiempos en que las cajas de caudales se cerraban por medio de combinaciones cifradas, puede conocer, al tacto, la sensibilidad de una cerradura eléctrica a la intensidad y número de cargas. Veamos esos papeles, señora Hapman. Tengo un mal presentimiento...

Ella le miró, preocupada. Se encaminaron a otra sala inmediata. Una vez allí, la esposa de Walt señaló un mueble adosado al muro, blanco y hermético, de tiradores plateados.

—Es aquel. Está intacto, doctor Farrell...

—Aparentemente, sí... Pero puede ser sólo eso: apariencia...

Se adelantó, cruzando la sala. Pidió la combinación eléctrica y ella se la dio:

—Seis cargas fuertes, once débiles, tres fuertes, dos débiles y otras once fuertes.

Así lo hizo. La puerta cedió a la última presión sobre el proyector de cargas electrónicas. Una hilera de cajones metálicos apareció a los ojos del médico. Ella informó:

—Están en el cuarto cajón.

Asintió Jim. Tiró del cuarto cajón y frunció el ceño, mientras ella se aproximaba.

—Todo parece en orden —comentó la mujer.

—Sí, no está removido. Pero veamos... —Jim tomó una carpeta plástica llena de documentos. Muchos habían pertenecido a Walt en vida. Otros se referían a su reciente defunción—. ¿Ve algo raro?

Ella lo examinó todo. Luego denegó con la cabeza.

—No —dijo con un suspiro—. Está todo. Incluso la tarjeta del informe médico de la Compañía...

—Ya veo. Es raro, sin embargo... —reintegró los papeles a su sitio—. Para algo vinieron, para algo querían esos documentos... Y si la golpearon, no creo que luego se echaran atrás en sus propósitos...

Un momento duró su vacilación. Luego, de súbito, la idea le saltó a la mente. Lanzó una imprecación, sacó los documentos y los tiró todos a un lado, extrayendo la tarjeta de diagnóstico médico.

—¡Lo temía! —aulló—. ¡Temía esto... pero no sabía «cómo» lo harían!

—¿Eh? —se alarmó, muy pálida, ella—. ¿A qué se refiere, doctor Farrell?

—Este diagnóstico oficial de los doctores Sherman y Miller... nuestra única prueba contra la Compañía y su Cuerpo médico... «¡ha sido alterado!» —le mostró el certificado, con igual fecha, número de registro y firmas que el legítimo—. ¡Mire eso, señora Hapman! ¡Según esto, su marido estaba enfermo del corazón, y solamente bajo su entera responsabilidad seguía volando!

—¡Dios mío! ¿Y qué va a representar eso ahora...?

—¿Eso? Representará que ellos se libran de los cargos de mi denuncia... Pero significa también que ahora, por ese criminal engaño, usted no tiene derecho a pensión ni seguro, y que todo cuanto le sucedió a Walt pasa a ser, simplemente, culpa suya, sin responsabilidades ni obligaciones para nadie más... ¡Es monstruoso, monstruoso!...

CAPÍTULO II

FRENTE A TODOS



OCTOR Farrell, hemos examinado su demanda de crear un Satélite Hospital en el espacio. ¿Se da cuenta de la magnitud de lo que pide, amigo mío?

James Farrell asintió con expresión taciturna.

—Cierto, señor —asintió, sin separar sus grises y metálicos ojos del profesor Van Dyke, de la Intermundial de Medicina del Espacio—. Lo sé muy bien. Su coste se calcula, por encima, en un presupuesto inicial de ciento cincuenta y nueve millones de dólares, que pueden elevarse incluso a mil millones, si el hospital es dotado de cuanto precisa un centro sanitario espacial, capaz de girar en órbita, pero también de desplazarse en forma autónoma, con aeroambulancias, o cohetes ambulancias, a cualquier punto espacial, donde se solicite, a supervelocidad. Esas ambulancias, con cámaras antigravitatorias, descompresor y preparadas para efectuar curas de urgencia, serían la forma ideal de poner rápido remedio a enfermedades graves del espacio, impidiendo que sucedieran casos como el de Walt Hapman, señor.

—Yo lo entiendo muy bien, doctor Farrell —sonrió el profesor Van Dyke —. Pero me temo que el Gran Consejo no aprobará semejante proyecto. Su coste y dificultades son enormes. Y muchos médicos de Organizaciones del Espacio negarán su cooperación al plan, puede estar seguro.

—Lo sé, señor. Porque son médicos que no velan por la salud ajena, sino indignos miembros de un Cuerpo demasiado imperfecto para sentir altruismo y valor; son simples mercaderes de la salud y de la vida pública, que saben lo muy en peligro que sus cargos estarían de existir una eficiente organización, un auténtico Hospital del Espacio, con su flotilla sanitaria de urgencia, su cuerpo constante de médicos y cirujanos de primera línea, y con las instalaciones más perfectas del universo, en material clínico.

Van Dyke sonreía al acabar Jim. Pero sus ojos tenían una expresión grave, preocupada.

—Muy apasionado —comentó—. Tal vez demasiado, doctor Farrell. Eso puede serle muy perjudicial.

—No me importa lo que mi modo de ser perjudique a mi carrera. Son los demás los que cuentan, no yo...

—Sé lo desinteresado, rebelde y enérgico que es en todo —asintió el profesor—. Pero existen problemas que no se resuelven de esa forma. Hable así en público, y tal vez recibamos una propuesta firmada por cientos de médicos, solicitando su expulsión de la Intermundial. Y la verdad es que no me agradaría hacer eso con usted, aunque me obligasen las circunstancias. Creo que es un gran muchacho, un excelente médico, y un hombre que puede hacer mucho bien a su generación.

Farrell preguntó:

—¿Cómo lo haré si no me dejan?

—Tenga paciencia, amigo mío. Actualmente, el problema económico sigue siendo importante en todas las cuestiones mundiales. Su proyecto exige demasiado dinero. Ninguna empresa particular o pública se haría cargo de él. La Medicina y la Cirugía no son un negocio, sino una vocación, las más de las veces totalmente desinteresada. No creo que nadie ganase millones con ese Hospital.

—¿Se trata de ganar millones... o de ganar vidas, señor?

—Por desgracia, al mundo siempre le ha preocupado más lo primero que lo segundo. Escuche, Farrell. Usted sabe mucho sobre Medicina del Espacio, conoce a fondo los problemas del cuerpo humano fuera de la atmósfera terrestre, y comprendo su interés en el plan. Hay muchos que le llaman ya, en broma, «Doctor Espacio». No deje que, por esas bromas, le lleguen a considerar un chiflado o un soñador, o perderá incluso su prestigio médico. Deje de pensar en las nubes y más allá de ellas. Y aunque físicamente suba a los cielos, procure, en la práctica, vivir siempre en la tierra. ¿Me ha comprendido, amigo mío?

—Perfectamente, señor —se puso en pie, con expresión sombría, y añadió glacialmente—: En concreto, eso significa que se rechaza por completo mi solicitud y proyecto, ¿no es cierto?

—Nunca se rechaza nada por completo. Deje su proyecto en la Oficina de Estudios. Quizá un día se considere factible.

—Un día... —Jim suspiró amargamente—. Sí, con buenas palabras, significa lo mismo.

—Lo siento. Lo siento muy de veras, Farrell.

—También yo, señor —se encaminó hacia la salida—. Supongo que el Gran Consejo dirá lo mismo, cuando la «Spacial Navigation Company» presente su ficha médica falseada y su informe, desposeyendo a la viuda Hapman de sus derechos por la muerte de Walt, por esa misma ficha que ha sustituido a la auténtica, robada con violencia.

—Sobre esa otra cuestión, doctor Farrell, no soy yo quién para opinar —replicó gravemente Van Dyke—. Pero le aconsejo algo al respecto: retire su denuncia.

—¿Es posible, profesor, que hable usted así? ¡Yo no miento al hablar como lo hago!

El profesor dijo:

—Lo sé, lo sé. Creo en su palabra. Eso no es un proyecto más o menos factible, sino una declaración suya, que yo supongo es cierta. Pero ¿cómo va a demostrarla? ¿Acusando a la S. N. C. de robo? ¿De violencias, sobre las que sólo existe como testigo la señora Hapman, que es la principal interesada en la cuestión? ¿Qué pruebas aportará? ¿Una ficha negativa para usted, pero que usted argumentará que se falseó, sin la menor prueba o evidencia en que basarse? Vamos, vamos, amigo mío. No sólo la resolución será adversa, sino que la S. N. C. se apresurará a presentar una demanda contra usted por daños y perjuicios y también por calumnias y falsa acusación, a la que gustosamente se unirán esos médicos, si realmente son responsables de su indigno acto. Le hundirán a usted irremisiblemente, para deshacerse de un adversario peligroso, ¿lo comprende?

Jim Farrell se había detenido, con aire pensativo. Van Dyke tenía razón. No era un enemigo suyo, sino un hombre sin apasionamientos. Veía claramente en la cuestión, y le advertía a tiempo. Luego, ante el Gran Consejo, sería ya tarde.

—Sí —admitió por fin con lentitud—. Sí, creo que tiene usted razón, profesor. Mucha razón...

Y sin añadir más, abandonó la estancia.

* * *

—Abandona... ¿De modo que ha renunciado al juicio?

—Sí, señora Hapman. Tenía que hacerlo.

—Dios mío... —ella sepultó el rostro entre sus manos—. Mi única esperanza... era usted, doctor Farrell. Y ahora... se echa atrás. Se niega a defender a Walt, a defenderme a mí, a los niños...

—Créame que me es muy doloroso hacerlo. Pero lo teníamos todo perdido. Se perdió desde el momento mismo en que esos rufianes le robaron el documento que era nuestra más preciosa prueba. Ya no tenemos nada en qué basarnos. Oficialmente, Walt Hapman era el único responsable, a pesar de que usted y yo sabemos lo contrario.

La mujer exclamó:

—Pero ¿es posible que exista tal injusticia? ¿Que en nuestro civilizado mundo de hoy nadie levante un dedo por defender la razón?

—La razón, sin evidencias, rara vez lo es para la gente. Y es la gente quien tiene que juzgar, por desgracia...

Se encaminó a la salida del apartamento de la señora Hapman. Antes de llegar a la puerta hundió la mano en su bolsillo. Extrajo algo que depositó sobre un mueble.

—Tome esto —dijo con lentitud—. No es mucho, pero le bastará para afrontar gastos y necesidades urgentes. No soy un hombre rico. Si lo fuese, usted no tendría que pedir nada a nadie... Es todo lo que puedo dejarle.

—Gracias, amigo mío. A pesar de este fracaso de hoy... usted hizo cuanto pudo por nosotros. Gracias, una vez más.

Jim Farrell no contestó. No se sentía con ánimos para decir nada. Salió, cerrando suavemente tras de sí. Poco después, el turbocar rojo se alejaba por una de las bandas metálicas aéreas, seguido por la mirada húmeda y entristecida de Jane Hapman.

* * *

—¿De modo que el doctor Farrell se da por vencido? —Anders W. Gordon rió, frotándose las manos con satisfacción, ante el pequeño visor de sobremesa de su televisófono, donde aparecía la faz inexpresiva del doctor Miller—. Muy bien. Eso me llena de satisfacción, amigo mío. Y supongo que a ustedes también...

—No, no me satisface que ahora haga eso —replicó con hostilidad el médico—. Es lo último que Sherman y yo hubiéramos esperado de él.

—¡Diablo! —Gordon se quitó el aromático cigarro de la boca y clavó su sorprendida mirada en la pantallita. Sobre esta, un pequeño objetivo de gran sensibilidad captaba a la vez su propia efigie, televisándola al receptor de Miller simultáneamente—. ¿Y eso no les alegra?

—En absoluto. Ese Farrell es un tipo especial, un joven furioso y lleno de impulsos. Pero también es muy inteligente. Al destruir nosotros su prueba, tal como actuaba, iba de cabeza al abismo. Ahora, al rectificar, retirando la denuncia, no sólo no pierde prestigio, sino que nos impide procesarlo a él, hundiéndole como médico. ¿Ha leído lo que dijo en el periódico impreso?

—No.

—Cita textualmente: «Sé cuándo tengo perdida una batalla. Había personas a quienes quería desenmascarar. Pero un desastre final siempre es peor que una retirada oportuna». Muchos empezarán a pensar que el tipo capaz de decir eso también es muy capaz de haber dicho la verdad, y sólo rectificar al verse despojado de pruebas ciertas.

—¿Y qué nos importa lo que la gente piense? —gruñó Gordon—. Lo importante es que no se nos puede acusar legalmente. Todo está resuelto.

—Ya le dije que Farrell no es ningún tonto. Me preocupa realmente. ¿Se ha dado por vencido totalmente... o piensa obrar contra nosotros de alguna forma?

—No lo creo. Le faltan medios y poder para ser temible.

—Pero tal vez alcanzara ambas cosas si un día lograse crear ese Hospital del Espacio, cuyo proyecto ha patentado y registrado recientemente —opinó Miller.

—¿Un hospital del Espacio? ¡Es absurda la idea! ¡Y valdría millones!

—Sí, eso es cierto. Pero conviene tener cuidado, señor. Si lograra hacerla factible, sería un enemigo muy peligroso. El Director Fundador del Hospital del Espacio sería una personalidad mundial de fuerza insuperable.

—Un momento... —Gordon habló abruptamente—. No creo que eso conviniese demasiado a la Compañía, ¿no es cierto?

—Claro que no. Obligaría a revisiones periódicas, a inspecciones clínicas de personal y de viajeros, a registro sanitario, a muchas cosas engorrosas para usted y su empresa...

—Bien. No se preocupe, entonces. Si ustedes, como médicos, votan contra esa solicitud de Farrell, yo, por mi parte, como dirigente de la más importante empresa de navegación comercial por el espacio, pondré toda mi fuerza contra él. Y es mucha fuerza la de Anders W. Gordon en ese terreno.

—Lo creo, señor —sonrió el doctor Miller, más aliviado—. Ahora creo que estaré mucho más tranquilo, respecto a ese maldito «Doctor Space», como algunos le llaman.

—«Doctor Space», ¿eh? —rió Gordon malignamente—. Creo que tendrá que renunciar al espacio muy pronto. Voy a intentar cortarle las alas haciendo que la Comisión del Espacio le destine a una de sus instalaciones en tierra firme...

Aún reía cuando apagó el receptor y emisor. De la pantallita se borró la imagen de Miller y luego su fluorescencia azul. Anders W. Gordon, presidente de la S. N. C., pulsó un interfono, preguntando:

—¿Ha llegado ya mi hija, Talbot?

—No, señor —respondió su secretario.

—¿Cómo? ¡Es muy tarde, y prometió estar aquí para mucho antes de esta hora!

—Lo sé, señor, pero no ha llegado.

—Bien, llame a casa. Dígale que urge que venga aquí.

—Llamé ya, señor. Me informaron de que había salido muy temprano de allí.

—¡Infiernos, no puede ser! ¡Tal vez le haya ocurrido algo! ¡Pida informes al Control Automático de Tráfico y...!

—También lo hice, señor —replicó el eficiente y seguro Talbot—. No hay nada. La señorita Gordon salió de casa con su turbocar de gran potencia, el de color amarillo. Seguramente pensaba hacer una excursión, antes de venir aquí.

—Tal vez —irritado, cerró el interfono, mascullando para sí—: Mientras no haya vuelto a jugar o se haya metido en un garito de drogas...

Furioso, volvió a conectar el televisófono, pero ahora en el circuito cerrado, para lo cual le bastó pulsar un botón blanco. Aparecieron las oficinas de la S. N. C. y al fondo, tras las grandes vidrieras de las galerías, las pistas de despegue, torres de control y aeronaves de viajeros o de carga para las rutas regulares con la Luna, Venus y Marte, los mundos muertos, colonizados por el hombre desde el gran triunfo interplanetario de 1992.

—Oficinas del Espaciódromo A, señor —informó el televisofonista.

—Informe del día —pidió el prohombre de la gran empresa.

—Regreso sin novedad de las naves regulares A-2, B-7, B-3 y A-8. Todas en su tiempo exacto. Informes de vuelo de las naves A-l, A-0 y A-5, regulares.

—¿No está también en vuelo la nave B-l? —pidió Gordon.

—Lo está, señor. Pero no tenemos informes de ella.

—¿Cómo? ¿A qué es debido? ¿Avería en los transmisores?

—Lo ignoramos, señor. Se está intentando el contacto, sin conseguirlo. El último despacho de Al Graham, su piloto, llegó hace siete horas. Era un poco extraño, señor.

—Y bien. ¿Qué diablos decía? —se impacientó Gordon.

—Lo leeré, señor —en la pantalla se vio al funcionario buscando en un archivador automático, que le vomitó en el acto la ficha requerida. El funcionario leyó—: «Vuelo normal. Todo bien a bordo. Pero me encuentro mal. Mi cabeza me duele mucho... Parece como si fuera a estallarme... No sé si podré continuar...».

—¡Diablo, es preciso que restablezcan la comunicación o localicen a esa nave! ¡Utilicen el radar, lo que sea preciso!

—Se está intentando todo, señor. Se ha transmitido llamada de urgencia al Espaciódromo P, el más próximo al lugar desde donde transmitió Graham...

Irritado, cerró Gordon el televisófono. No pensaba, por supuesto, en la salud de su empleado, sino en la seguridad de una nave que caso de perderse, significaría una pérdida de veinticinco millones a la empresa. Era el costo normal de cualquier astrocohete «standard».

—Ese maldito Farrell preocupando a Miller y a Sherman... Mi hija sin

aparecer... y encima esto —estrujó con ira su cigarro en un cenicero. Luego se incorporó, comenzando a pasear furiosamente—. ¡Es un día de todos los demonios éste de hoy!...

* * *

—¿Qué es lo que necesitas de mí, Jim Farrell? —preguntó con una sonrisa Hank Turne?

—Informes.

—Nosotros acostumbramos a recibirlos, no a darlos —le recordó irónicamente el joven funcionario de la Policía Continental.

—Ya lo sé. Pero es algo que me urge mucho averiguar. Y solamente tú puedes darme una posible pista.

—Creí que eras médico, no detective.

—Sigo siéndolo. Pero uno, a veces, tiene que ser algo detective, a causa de un paciente, amigo Turner.

—Bien, te escucho. Si la cosa va en serio, dime qué te ocurre. Trataré de ayudarte, si está en mi mano.

—Si yo te hablara de un hombre fuerte, recio y no muy alto, bien vestido, con ademanes y aire de caballero y mentalidad de rufián, cabello gris ceniza y dos mechones blancos, ¿qué nombre me darías?

El policía no vaciló. Había escuchado, frunciendo el ceño. Dijo, rápido:

—Buddy Ethan.

—¿Buddy Ethan? ¿Quién es ese?

—Un tipo curioso. Un delincuente de mucha habilidad. Sabemos que comete mil granujadas, pero nunca se compromete, nunca hay pruebas. Y si alguien dice que estaba en un sitio, a determinada hora, salen en el acto cien testigos, declarando haberle visto en otro, a idéntica hora, a muchas millas de distancia. Y, lo que es peor, aunque muchos de esos testigos mientan, otros son de entero crédito, incluso policías. Y aseguran que él no se movió de allá, mientras un delito donde él participaba, se cometía a miles de millas de distancia.

—Entiendo. Ese es Buddy Ethan, ¿no?

—Sí. ¿Por qué te interesa? ¿Acaso es cliente tuyo?

—No. Pero podría serlo —rió Jim Farrell huecamente—. ¿Dónde se le puede encontrar?

—Yo no te aconsejaría que lo buscases, Farrell —observó Turner.

—No te he pedido consejos, sino informes, muchacho. Vamos, sé buen chico y dime dónde puedo hallar a ese Ethan...

—Tiene un local enteramente legal... al menos en su aspecto externo, y

siempre que nosotros hemos registrado aquello a fondo no hemos encontrado nada delictivo.

—¿Dónde está?

—En el Espacio Puerto 36. Allí, junto a la pista circular de aeronaves, se levanta su negocio, el «Rocket Club». Un sitio como cualquier otro de Nueva York, de Londres o de Berlín, sólo que situado en una plataforma orbital, a cuatro mil millas de la Tierra. Un excelente lugar para coartadas... Pero tal vez sea peligroso aventurarse allí, según los propósitos que se lleven. Dicen que se juega en el «Rocket». El juego es ilegal, tú lo sabes. Jamás, en nuestras investigaciones, dimos con cosa alguna de aire ilícito. Hay música, atracciones, chicas bonitas y muy poco vestidas... y todo eso.

—Ya. El sitio es tentador. Creo que haré una breve visita allá. Como médico... o como simple individuo con ganas de divertirme un poco.

—Pero en realidad irás en busca de Ethan, ¿no es cierto?

—No vale, amigo Turner —rió Farrell, dirigiéndose a la salida de las oficinas de la Policía Continental—. He venido a buscar informes... no a dártelos yo. Hasta siempre, y gracias.

—Adiós, «Doctor Space» —rió alegremente Turner, meneando la cabeza con aire de reproche risueño y amistoso—. Y cuidado con las curvas... del espacio.

CAPÍTULO III

«CURVAS ESPACIALES»



RA uno de los nudos de comunicaciones interplanetarias diseminados en el espacio por las Fuerzas Internacionales de Control de Tráfico Espacial. Su forma era casi exactamente la de un cilindro, rematado por una semiesfera en su parte superior, formando las oficinas, naves y dependencias, y siendo, a la vez, techo o enorme marquesina circular, sobre el círculo inferior, que era donde se situaban las astronaves en una sencilla y rápida maniobra, para despegar luego, en el momento oportuno y en la dirección elegida.

También se podía preferir el aprovisionamiento en el vacío, si no era preciso hacer escala o el pasaje no necesitaba descender. En ese caso, los

grandes tubos de plástico introducían en los vehículos el combustible, oxígeno o líquidos necesarios a las exigencias de a bordo, o bien se aprovisionaba, mediante plataformas nodriza, elevadas hasta la nave flotante desde el Espacio Puerto o pista del espacio.

En la columna o cilindro central del Espacio Puerto manteníanse abiertos algunos establecimientos útiles a los viajeros. Y uno de ellos era el «Rocket Club», en la planta siete del cilindro. Un ascensor, que subía o descendía por un túnel de vitroplast transparente, permitía al viajero, a medida que subía a la planta elegida, o bien a la cúpula superior del Espacio Puerto, ver un panorama fabuloso del puerto del espacio, de la negrura del vacío salpicada de astros, y de los distantes cuerpos celestes. La Tierra era una esfera azul, borrosa, en el espacio negro. La Luna, una luminosa mancha blanca realmente enorme, y en la distancia, las luces de Marte y de Venus eran como faros guía para el destino de muchas naves del espacio que iban rumbo a ellos.

Jim Farrell contempló el Espacio Puerto con curiosidad, al descender de la nave regular con pasajeros que le había llevado hasta allí. Para estar sobre el suelo del puerto espacial era preciso llevar zapatos magnéticos, el traje espacial y la escafandra o esfera plástica transparente.

No era el primero que visitaba, pero evidentemente, el Espacio Puerto 36 era el mejor de todos los existentes en el espacio exterior. Un gran alarde de la ingeniería espacial de los hombres y un gran triunfo de los sistemas de circulación por el espacio, entre mundos, planetas y satélites.

Allí estaba Buddy Ethan, el hombre a quién estaba buscando. Subió en el ascensor, despojándose de su traje en la cámara de descompresión, sometiendo su naturaleza a la tarea inevitable de adaptarla a la nueva presión, para después, en el ascensor central, dirigirse a la planta siete.

Al descender en el vasto pasillo circular, la luz roja y verde de un gran fluorescente le marcó la presencia de las amplias puertas automáticas del «Rocket Club», así como la música melodiosa y sugestiva que, brotando de altavoces ocultos, llenaba de una suave y a la vez tentadora atmósfera el exterior del «Rocket Club». El aire, artificialmente aumentado en su proporción de oxígeno, se respiraba allí con una mayor diafanidad, que inyectaba optimismo, sin duda siguiendo una habilidosa táctica de Ethan, el elegante propietario y gerente de la sala de fiestas espacial.

Jim Farrell sonrió al contemplar la decoración del interior del «club», cuando cruzó las amplias vidrieras. Era una extraña mezcla de vanguardismo, de pintura abstracta y de atrevidos estudios de anatomías femeninas, nada cubiertas ni veladas, por cierto. Los audaces murales servían al menos para situarle a uno en un ambiente que de puritano o de honesto tenía bien poco, en realidad. Pero así esperaba encontrarlo.

—¿Desea algo, señor?

La voz llegaba del aire mismo. Venía como flotando en el oxígeno abundante de la atmósfera del «Rocket Club», como procedente de cualquier lado. Altavoces, micrófonos y células fotoeléctricas, detectoras de los nuevos clientes que cruzasen la entrada, debían de hallarse ocultos por todas partes. Tras las macetas de plantas artificiales, las columnas de espejos o los propios murales rojos y verdes, de pintura fluorescente.

Farrell, divertido, respondió entre dientes:

—Sí. Deseo ir a la sala. Oír música, ver chicas, divertirme...

El gran vestíbulo, cuajado de murales y adornos, carecía por completo de puertas. Jim casi se arrepintió de haber dicho aquello. Preguntóse adónde hubiera ido a parar de pedir otra cosa más complicada y menos legal. Quizá la voz misteriosa, difundida por los secretos altavoces, le hubiera respondido que se equivocaba de sitio y que aquello era un simple «night-club» sideral.

Porque, al decir lo que quería, uno de los murales cedió, con un suave giro silencioso. Apareció una abertura luminosa, de amplitud considerable, por ella, como una bocanada optimista, radiante e invitadora, brotó la música, envolviendo a Farrell.

Jim entró. Se encontró en un corredor, descendió tres escalones y empezó a caminar por un trazado curvo, de espejeantes y luminiscentes muros. Pasó bajo un cortinaje plateado que se abrió a su paso, movido por alguna célula fotoeléctrica, y se encontró en el local propiamente dicho.

No cabía duda de que Buddy Ethan sabía cuidar con sumo tiento la escenografía de su local y la espectacularidad que mejor podía impresionar a un cliente. Jim contempló la vasta sala, sus mesas, sus palcos flotantes, mantenidos sobre burbujas electrónicas de gran potencia, su plataforma, igualmente flotando sobre un mar de luminiscentes, irisadas burbujas, con predominio de azules, su pista de baile, cuajada de luz y de melodías, entre burbujas que flotaban, diestramente movidas por un mecanismo oculto, dando a todo ello un aire irreal, de país de las hadas, en versión del año 2.100.

Jim se aproximó a la pista, descendiendo por la serpentina deslizante de vitrometal luminoso, entre cientos, miles de burbujas que se alzaban a su paso, en un vuelo grácil, risueño, divertido. Se detuvo en la planta inferior, a nivel de la pista de baile. Caminó por entre mesas de negro y bruñido cristal metalizado, sobre aquel suelo fantasmagórico de cristal luminiscente, que daba un extraño aspecto a las figuras humanas que lo pisaban.

Jim Farrell se acomodó en una de las mesas. Esperaba la llegada de algún camarero. Pero se sorprendió, con un leve respingo, cuando por la rejilla metálica que aparecía en el centro de una gran flor azul, erguida en una gran jarra de cristal negro, surgió una voz suave, melosa:

—Señor, elija lo que prefiere tomar... y pídalo después. «Rocket Club», a su disposición siempre. Bienvenido a «Rocket Club», señor...

Sonrió Farrell. Era divertido el lugar. La imaginación —y también los medios, evidentemente— seguía prestando grandes servicios a Buddy Ethan.

Jim estudió las letras luminosas que brotaban en el cristal negro, metalizado, del tablero de su mesa. Se mantuvieron allí bastante tiempo, mostrando la carta de existencias y sus precios. Jim pidió, mirando a la rejilla de la flor:

—Un combinado de frutos salvajes de Venus, con licor de Marte y hielo.

En el acto se apagó el rótulo de la mesa. Y la voz, respondió, cortés:

—Bien, señor. Será servido enseguida. «Rocket Club» le agradece su atención.

Se preguntó si el servicio llegaría flotando dentro de una burbuja de luz, o a lomos de un caballo alado. Pero sin duda Ethan no había llevado su imaginación a ese punto o el truco era irrealizable. Lo cierto es que el sistema, aunque automático, defraudó un poco a Jim.

Se limitaron a enviarle, mediante unas vías casi invisibles sobre el luminiscente suelo, un vagoncito plateado, con bandeja negra, sobre la que viajaba el alto vaso ionizado, conteniendo el licor y los tintineantes cubitos de hielo. Jim lo recogió, dejó sobre la bandeja el dinero, y empezó a sorber el licor, mirando curiosamente en torno.

La orquestina inició una melodía más viva, más rítmica que la anterior, y hubo un cambio de luces, con intenso predominio del verde. Un haz de luz amarilla cayó sobre la pista, apareciendo en ella unas chicas. Jim sonrió. Ahora entendía por qué su amigo Turner le había recomendado cuidado con las curvas del espacio. No se refería precisamente a la astronave en que viajara. Las chicas de Ethan eran algo serio. Y la forma de exhibirse también lo era.

Sin embargo, le aburría todo aquello. Conocía otros «clubs», si no tan fantásticamente dotados como el de Ethan, sí tan divertidos o más. Sólo en las chicas ganaba Ethan por amplio margen. Se preguntó de dónde las elegiría. Pero él no quería complicarse la vida con faldas.

Se incorporó cuando solamente había consumido la mitad de su vaso de refresco de frutas marcianas y se dirigió a la pista. La rodeó, hasta detenerse junto a una maceta gigantesca, en cuyo centro emergía el inevitable micrófono. Habló con calma:

—Quisiera hacer algo más divertido que beber y ver chicas en la pista. ¿No hay otra cosa aquí?

Una pausa. Luego, una voz preguntó por la rejilla:

—¿Qué es lo que quiere?

—Jugar, por ejemplo. O tomar drogas.

—Eso está prohibido, señor —respondió la voz.

—Ya lo sé.

Otra pausa. Finalmente, la voz le indicó:

—Tome la serpentina tres. Pase al Departamento de Recepción. Allí le informarán.

Lo hizo. Cada serpentina tenía su número luminoso. Tomó una de ellas, la que llevaba la cifra 3, y que le condujo hasta el nivel superior. Allí, una galería luminosa le llevó a una sala circular donde leyó: «Departamento de Recepción. «Rocket Club», siempre a su servicio, señor cliente».

Sonrió. Estaba seguro de lo que significaba aquel «departamento». Era una cámara de rayos ultravioleta e infrarrojos, capaces de descubrir en su cuerpo el tatuaje que poseían, invisible a toda luz normal, los agentes especiales de la Policía Continental o de la Brigada del Espacio.

Ahora los rayos atravesaban su cuerpo, descubriendo todos sus secretos epidérmicos, mientras un registrador invisible lo detectaba. Si hubiera sido policía, seguramente un cortés saludo, o un camarero robot, le hubieran dicho: «Lo sentimos, señor. No admitimos clientes que deseen cosas ilegales. Buenas noches, y celebraremos que se haya divertido».

Pero él no era un policía. Y, por tanto, la reacción de los observadores interiores sería muy distinta. Había procurado llevar consigo abundancia de dinero. En realidad, todo el que poseía. Eso también lo detectarían los visores de Ethan, traspasando las ropas del cliente.

—Señor, ¿ha dicho que prefiere otras diversiones? —dijo la voz oculta de nuevo, emergiendo de cien sitios a la vez.

Farrell dijo:

—Sí, eso dije. Juego, drogas, chicas para charlar, algo así...

—¿Quién le envía al «Rocket Club», señor?

—Nadie. Amigos míos. También es posible que me mande un amigo de Buddy Ethan. Pero no daré nombres. Si acaso, sólo a Buddy...

Ya estaba lanzado el anzuelo. Hubo una pausa, y luego, la voz volvió a sonar:

—Pase, señor. Siga esa galería y encontrará lo que desea. Buddy Ethan le da la bienvenida a su sección secreta y le recomienda prudencia y discreción...

Jim no expresó nada. Dominó sus emociones. Se abrió una puerta en la pared del fondo. Deslizándose un panel del muro, surgió un nuevo corredor luminiscente, de suelo rodante. Se dejó deslizar por él, dócilmente.

Cuando saltó a suelo firme, estaba en el antro del vicio. En el «club» secreto de Buddy Ethan.

Y delante de él, un robot de grotesca sonrisa estereotipada en su faz metálica, se movió señalando con un dedo de acero al interior, mientras de su uniforme escarlata brotaba una voz idéntica a la de los altavoces dispersos por el lugar:

—Bienvenido, señor. Éste es el emporio del placer. Suerte en el juego, con las damas y con las drogas que proporcionan sueños maravillosos...

Jim suspiró. Después de todo, él lo había querido. No podía quejarse a nadie por estar metido en aquel lío, dentro del «Rocket Club», en el Espacio Puerto 36.

* * *

—¿Juega a la superuleta sideral, señor?

Los «croupiers» robot ocupaban las largas mesas destinadas, al juego. Sobre tapetes verdes y tersos, rotulados con cifras, corrían fortunas en metálico o en fichas fosforescentes con la marca del «Rocket Club»: sus siglas R. C., y un cohete sideral.

Jim tiró un billete de diez dólares sobre el 9000 negro. Vio saltar la bolita por entre los complicados círculos orbitales de la esfera planetaria que era la llamada «superuleta». Perdió.

Pero sus diez dólares no le preocuparon, ni siquiera cuando perdió también por segunda vez, al repetir el 9000 negro. Estaba viendo cerca de él a una muchacha esplendorosa, de larguísima melena plateada, hombros desnudos y agresivo seno, realzado por su profundo escote, la cual arrojaba fortunas en fichas rojas, azules y doradas, las máximas valuaciones en dinero, perdiéndolo todo indefectiblemente.

En menos de cinco minutos la vio perder más de cien mil dólares. Pero se mantenía inmutable, e incluso soltó una breve risa, encendiendo un cigarrillo de envoltura roja y boquilla dorada que desprendió un extraño humo verde. Se acercó más, fingiendo apostar al 9000 negro de nuevo. Incluso no vaciló en tirar, uno a uno, cinco billetes de diez dólares. Demasiado tarde supo que la apuesta, casi de ganar sencillo, apenas suponía ganar cinco dólares. Y solamente si coincidían cifra y color la apuesta era de ciento a uno, suponiendo en ese caso un beneficio de cinco mil dólares. Por supuesto, no esperaba ganar. A la siguiente vez, se retiraría de aquel juego absurdo, porque esa proporción iba en aumento y ya sólo se admitían apuestas superiores a mil dólares en las posturas inmediatas, cobrando siempre cien a uno, o perdiéndolo todo. La cifra roja que se había encendido en uno de los «planetas» de la extraña ruleta, así lo indicaba.

Olfateó el aire que despedía aquel humo verde en derredor. Era aromático, demasiado aromático. Miró a la joven. Era muy hermosa, de grandes y rasgados ojos verdes, recta, fina nariz, boca sensual y carnosa, y tez bronceada. Su cabello plateado era bellísimo, como ella. Vestía un traje

ceñido, negro y oro, realmente espléndido y amoldado a su cuerpo.

Los verdes, ojos tenían el aspecto de hallarse influenciados por alguna droga. No dominaba sus sentimientos. Le vio situar hasta cincuenta mil dólares en un número: el 100 rojo. Parpadeó atónito. Miró rápido a los «croupiers» robot. Aquellos seres inanimados, mecánicos, no poseían la desventaja para ellos y para la Banca de reflejar sus sentimientos.

Iba a girar la ruleta. Empezó a girar. Y justamente entonces, como al descuido, Jim Farrell cayó con el codo contra la mesa. Empujó todas las pilas de fichas por valor de cincuenta mil, y estas cayeron en el casillero inmediato, el 9000 negro.

Hubo algo extraño en el robot que actuaba de «croupier» allí. A Jim le pareció que sus ojos magnéticos transmitirían a un televisor oculto la imagen de la sala, y permanecieron fijos en él. Pero, a su vez, la mirada de Jim se mantuvo fija en las manos metálicas del robot, que habían empezado a moverse hacia la ruleta, y que cesaron en su movimiento en el acto.

El 9000 negro había sido hasta ese momento el casillero menos «cargado», conteniendo sólo la exigua cantidad de Jim. Ahora, había cincuenta mil, más cincuenta dólares ridículos de Farrell.

La bolita saltaba dentro de la esfera planetaria del azar. Se detuvo en un pequeño asteroide. Se encendió una luz negra. Y un número: ¡el 9000!

—¡Nueve mil negro! —gritó roncamente la joven irguiéndose con estupor—. ¡Gano!

Y su mirada se clavó, estupefacta, en Jim Farrell, que sonreía. Él asintió:

—Ciento a uno. Es decir... cinco millones de dólares. Es lo que posee ahora...

Ella parpadeó, asintiendo. Jim, sonriente, añadió, estirando la mano:

—Yo elevo mi capital a cinco mil. Y los dejo ahí.

—Yo también —dijo ella con entonación serena.

—Ya ha oído, señor «croupier» —rió Jim, mirando al robot—. Siga. Dejamos la fortuna en el 9000 negro. Adelante.

La mano metálica se movió hacia la ruleta. La otra mano avanzó lenta hacia un punto, en el borde de la mesa. Jim, súbitamente, exclamó:

—Si no tiene las manos a la vista, señor robot, alguien pensará aquí que la casa no juega limpio...

Se detuvo aquella mano. Si hubiera sido un hombre, hubiese palidecido sin duda. Pero era un simple muñeco movido a distancia. Alguien, en un lugar del club, debió palidecer intensamente. La mano derecha ya movía la ruleta. No podían rectificar el truco, si es que lo había.

Como fascinada, la mirada verde de la dama del pelo de plata se mantuvo fija en la ruleta, en la bola, que saltaba entre mundos, planetas y cometas de la singular esfera celeste que formaba los puntos de la fortuna.

Un grito simultáneo y asombrado se elevó del gentío reunido en torno a la mesa.

—¡Nueve mil negro! ¡Gana cien a uno!

—Cien a uno. Eso significa... ¡Quinientos millones para usted!... Y quinientos mil para mí.

Jim Farrell habló con estupor. El robot habló a continuación, en medio del dramático silencio que se había hecho en la sala de juego:

—Señores, la banca admite su derrota. Serán abonados los quinientos millones y quinientos mil dólares perdidos. Pero se suspende el juego hasta nuevo aviso. Buenas noches, señores.

La gente empezó a desfilar con un murmullo de decepción. Las miradas convergían en la joven rubia, que sonreía, triunfal. Luego, incorporándose, aplastó el cigarrillo en un cenicero de plata, y se acercó a Jim Farrell para decirle:

—Gracias, señor desconocido. Usted me ha hecho ganar esa fortuna enorme. Poseo mucho dinero, ciertamente, y mi padre también. Pero no tanto como para aceptar ese dinero con indiferencia. Es más de lo que nadie posee...

—¿Cree que Buddy pagará? —sonrió Jim.

—Seguro que sí.

—Mucha fortuna debe de poseer...

—Oh, él no es propietario de esto. Sólo da la cara —la joven rió, inclinando la cabeza—. Hay una asociación de multimillonarios detrás. Pagarán, o jamás creería ya nadie en el juego. A la hija de Anders W. Gordon, sobre todo, señor...

Se detuvo, mientras Jim parpadeaba, sorprendido. Por fin, reaccionó. Y sin quitar su mirada de la joven, agregó con rapidez y acento algo perplejo:

—James Farrell, doctor James Farrell. Para algunos, «Doctor Space»...

—¡«Doctor Space»! —ella soltó una breve y musical carcajada—. Es divertido el apodo. ¿A qué obedece, doctor? ¿A su amor al espacio? ¿O porque siempre anda vagabundeando por él?

—Quizá también porque vivo un poco de sueños. Sueños que, de ser yo el apostador de cincuenta mil dólares esta noche, ahora dejarían de serlo...

—Por favor, señorita Gordon, ¿quiere dejarme a solas con este caballero? Tengo algo importante que decirle...

Se volvieron ambos con sorpresa. Estaban ya totalmente solos en la sala de

juego, a excepción de los «coupriers» robot. Pero ahora había un tercer personaje de carne y hueso en la recién desalojada sala: un hombre fornido, de elegante traje negro. Su cabello era gris ceniza, con mechones plateados.

Era Buddy Ethan, y además empuñaba una pistola electrónica de balas paralizantes.

CAPÍTULO IV

COMPLICACIONES



UY bien, señor Ethan! — habló Jim con calma—. ¿Significa eso que le ha escocido el fracaso?

—Cierre el pico, doctor. Usted, señorita Gordon, váyase. Ahora mismo. Cobrará su dinero en caja. Y márchese de aquí enseguida.

—Sí, salga pronto —rió el doctor Farrell duramente—. En su presencia, el señor Ethan no podría matarme a sangre fría, después de tratar de saber por qué estoy aquí. Recuerde que él es de los que siempre tienen una coartada perfecta. Seguramente hay preparados ya mil testigos dispuestos a jurar que hoy, cuando el doctor James Farrell fue muerto en el Espació Puerto 38, Buddy Ethan se hallaba veraneando en Florida, rodeado de pececillos juguetones.

—¿Se callará de una maldita vez, imbécil? —rugió Ethan—. Es usted el peor enemigo de Anders W. Gordon y de la S. N. C. Eso debe saberlo también la señorita, Luego, puede irse. Nadie va a matarle, estúpido. Sólo le pido que se quede aquí.

—¿Pistola en mano? Vamos, vamos, Ethan, eso es grotesco. Si yo no supiera que usted robó a la señora Hapman la auténtica ficha clínica de su

marido, condenando así a la viuda y los hijos de Walt a una miseria terrible sólo por salvar la responsabilidad de la S. N. C. y de sus médicos en la muerte de hombres no aptos para vuelos al espacio, posiblemente creería sus buenas palabras, aun apoyándose en un arma. Pero así, ¿qué espera de mí?

La joven del cabello rubio platino no se movía. Estudiaba a uno y otro con asombro. Ethan habló ahora rudamente:

—Será mejor que se vaya, señorita. O este necio denunciará el «club» a la Policía, y nunca más podrá volver a jugar o a fumar tabaco de Marsgreen, porque nadie se atreverá a transgredir la Ley. Este charlatán no debe denunciarnos.

—¿Y va a matarle?

—No tema. No pienso hacer tal cosa —rió Ethan fríamente—. Me limitaré a dejarle unas semanas a buen recaudo y luego pensaré lo que hay que hacer para eludir su inevitable denuncia posterior. Sólo necesito tiempo. Pero no quiero cometer asesinatos.

—Eso me tranquiliza —ella sonrió a Jim—. Lamento esto, doctor. Sobre todo, habiendo sido el artífice de mi triunfo de hoy, que me hace más rica, incluso, que mi propio padre. Sin embargo, no puedo hacer nada por usted. Y de todos modos, no corre peligro su integridad física. Ethan actúa al margen de la Ley con este negocio. Es natural que salvaguarde sus intereses, aprehendiéndole a usted. Pero no le dañará.

Jim iba a replicar a eso. Pero comprendió que ella creía de buena fe en lo que decía. Sería inútil convencerla de lo contrario. E incluso corría el peligro de que Ethan, furioso, matase a la chica. Así, también se ahorraría desembolsar quinientos millones. Por fuerte que fuese la asociación que se amparaba en él, esa enorme cifra les haría resentirse gravemente en sus intereses.

—Está bien, señorita Gordon —asintió con una expresión serena y fría—. Gracias, de todos modos. Deseo que siga teniendo igual suerte que hoy. Y hágame caso: no vuelva a jugar. Ni a fumar esa maldita hoja de tabaco marciano. Las dos cosas son veneno y pudren a las flores bellas como usted. Ahora... adiós.

Ella enarcó las cejas, sorprendida por un instante. Luego, miró a Ethan, que fruncía el ceño con helado gesto. La joven terminó riendo.

—Bueno, cualquiera diría que es la despedida de un condenado, «Doctor Space» —rió—. Yo también le deseo suerte. Y una grata estancia bajo la hospitalidad de su anfitrión, el señor Ethan. Sea buen chico, doctor... y no viva tanto en el cielo, ni siquiera estando a bordo del Espacio Puerto 36.

Riendo aún, se alejó, salió de la estancia, cerrando la puerta tras de sí.

Una vez a solas los dos hombres en la amplia nave de juego, Buddy Ethan

clavó sus malignos ojos en Jim y habló duramente:

—Le vimos fingir aquel codazo, cuando supuso que haríamos ganar a la casilla menos «cargada». Es muy listo el «Doctor Space», a lo que veo. Gordon no me engañó.

—Pero usted engañó a la jovencita Gordon. La hizo creer que yo viviré.

—Es una muchacha estúpida, idiotizada por el licor, las drogas y el juego —se expresó desdeñosamente Ethan—. Es cosa fácil convencerla. Claro que tendrá que cobrar su fortuna, si no nos desprestigiaría ante todos y el juego se hundiría. Pero es de las que volverán aquí a dejarse el dinero. Estoy tranquilo por ese lado.

Farrell preguntó:

—Bien, Ethan. ¿Y qué va a hacer conmigo?

—Matarle, por supuesto. Se ha hecho muy molesto ya. A Gordon le agradará saber que su enemigo ha sido liquidado. Y también a Miller y a Sherman.

—Imagino que ya habrá testigos dispuestos a probar su coartada hoy, ¿no es eso?

—Oh, sí —rió Ethan—. Hay un «doble» mío en Johannesburgo hoy, resolviendo unas cuestiones importantes. Será visto en cien sitios distintos, incluso asistirá a una reunión del Gremio de propietarios de «night-clubs». Mejor coartada imposible, ¿no le parece?

—Un «doble»... Desde luego. Es la mejor coartada. Testigos sinceros, que creen decir la pura verdad. Ni siquiera cabe la posibilidad de que uno se vuelva atrás o se delate, porque ellos creen ser sinceros al apoyar su coartada. Bien, dispare ya. ¿Qué hará cuando me paralice?

—Trasladarle adonde desaparecerá sin dejar rastro... ¡y para siempre!

—Enhorabuena, Ethan. Es usted el más fuerte. ¡Adelante!

Buddy le encañonó con su arma. Jim esperaba serenamente su destino. Sólo lamentó no poder triturar a aquel canalla entre sus manos. Pero había otros canallas detrás del hampón del Espacio Puerto 36: Gordon, dos médicos indignos de su cargo...

—Como usted dijo, «Doctor Space»... ¡adiós! —le dijo burlonamente Ethan, soltando una carcajada sarcástica.

Y levantó el arma, empezando a presionar el dedo en el gatillo de la pistola electrónica.

El chorro de luz azul no correspondía a la carga electrónica paralizante, que era de un intenso color violáceo, pero lo cierto es que tampoco procedía del arma esgrimida por Buddy Ethan.

Sorprendido; Jim Farrell parpadeó al ver ante sí el chispazo azul que golpeó la mano de Buddy. Éste gritó, sorprendido, al ver caer de sus dedos, totalmente desintegrado por un proyectil corrosivo, el revólver electrónico que se disponía a vaciar sobre el joven doctor.

—¿Eh? ¿Qué significa...? —aulló el rufián, girando la cabeza hacia la puerta de la sala.

—Significa que he cobrado ya mi dinero, Ethan —dijo fríamente Marion Gordon, desde el umbral, manteniendo todavía apuntada hacia Buddy una pequeña pero eficaz pistola de metal azul. Un disparador de balas corrosivas, que Jim había visto ya en otras ocasiones—. Y que al volver, he oído indiscretamente parte de su conversación. Veo que el doctor Farrell tenía razón. Iba usted a enviarle al infierno, ¿no es eso?

—Señorita Gordon, no se meta en esto —rugió Buddy—. Es un serio error. Deme su arma, ya que ha destruido la mía, y lárguese enseguida. Esto es cosa mía.

—Puede ser mía también. Recuerde que ese joven me prestó una eficaz ayuda... para ganar una fortuna inmensa en su casa, Ethan.

—Tal vez le interese saber que, si este hombre vive, alguien se verá metido en problemas muy graves, Y ese alguien es su propio padre. ¿Lo entiende ahora?

—No. No sé qué negocios se traen juntos mi padre y usted, pero no serán muy limpios. No soy un dechado de virtudes, pero no me gusta el juego sucio. Y éste lo es. Vamos, doctor, venga conmigo. Saldremos juntos de este lugar. Ethan no se atreverá a detenernos.

—Vaya si lo hará —dijo Jim sordamente—. En el Espacio Puerto, él tiene la fuerza. Intentará evitar que salgamos de aquí.

—No podrá hacerlo. Tengo mi propio vehículo; no necesito utilizar los de línea normal. Le llevaré en él, doctor Farrell.

—Eso cambia las cosas. Si llegamos allá a salvo, despegaremos de este lugar.

—No se hagan ilusiones —manifestó con voz helada Ethan—. Tengo hombres y vehículos para perseguirles y darles caza. No irán muy lejos, ni siquiera con el cohete de carreras de la señorita Gordon.

—Eso lo veremos —le desafió ella duramente—. Vamos, doctor. Tome usted el arma. Creo que la utilizará mejor que yo.

Jim había retrocedido hasta reunirse con ella. Tomó de sus manos la pistola y, cuando Ethan quiso moverse, aprovechando el relevo, el doctor demostró que no era un inexperto en manejar armas.

Apretó el botón de disparo y una mesita metálica, junto a Ethan, se

pulverizó bajo el impacto corrosivo. El rufián se quedó completamente inmóvil, con sus manos en alto.

—El próximo disparo irá a su cabeza, y ésa se desintegrará mucho antes, Ethan —amenazó Jim. Volvióse a la joven y la tomó por un brazo con firmeza —. En marcha, señorita Gordon. A ver si hay posibilidad de escapar de este bonito antro.

—Yo conozco varias salidas —rió la joven—. Soy una vieja cliente del «Rocket Club».

—En el que nunca más volverá a poner sus pies —amenazó con ira Ethan.

—Es igual —ella se encogió de hombros—. No podré decir que perdí aquí mi tiempo, después de lo de hoy, evidentemente...

Jim y ella salieron de la amplia nave destinada al juego. Ethan empezó a dar gritos nada más cerrar ellos tras de sí. Luego, ambos jóvenes se lanzaron a la carrera en busca de la salida.

Era cierto que Marion Gordon conocía perfectamente las salidas. Porque en cuanto comenzaron a sonar las sirenas de alarma, avisando de la emergencia para que los dos fugitivos no escapasen, la muchacha cambió con celeridad de dirección, metiéndose por una puerta lateral, oculta en el muro, y un serpentín o deslizador, inmóvil a la sazón, les llevó cuesta abajo por el simple procedimiento de lanzarse como por un tobogán.

Una vez en su parte inferior, Marion Gordon señaló una puerta metálica y avisó a Jim:

—¡Mire, ésa es una salida! Pero seguramente los hombres de Buddy la cubrirán por completo, y será muy difícil evadirse...

—No importa. Hemos de abrirnos paso —gruñó el médico—. Y si quieren, tendrán píldoras de su propia medicina.

Se lanzó como una catapulta hacia la puerta metálica circular, seguido por la joven. Cedía por medio de una célula fotoeléctrica, pero ésta había sido desconectada a distancia y no actuó para franquearles el paso.

Jim Farrell no vaciló mucho. En vez de eso, levantó el arma y soltó dos proyectiles corrosivos contra la puerta y el ojo electrónico.

Desconectados los sistemas por el doble estallido de chispas azules, que precedieron a la desintegración de los blancos elegidos, la puerta cedió a su impulso.

La joven había tenido razón en un punto. Había gente de Ethan allí. Y gente armada, cubriendo el corredor que, sin duda, conducía a la salida definitiva, en los corredores de la torre central del Espacio Puerto.

Una vez fuera del «Rocket Club», todo sería mucho más fácil, pensó Jim, apretando las mandíbulas con ira.

Cubrió con su cuerpo a Marion Gordon, y se enfrentó al grupo de hombres armados que pugnaba por reducirles. Les encañonaban, cerrando todo paso al exterior, ante una puerta ovalada, de vitrometal.

—¡Suelte su arma y entréguese, doctor! —amenazó uno de los hombres—. No van a salir de aquí, por mucho que lo intenten.

—Tampoco saldremos entregándonos —rió Jim duramente—. Señorita Gordon, ¿dispuesta a abrirse camino como sea?

—¡Por supuesto! Me defraudaría usted si no lo intentara...

—Lo intento por algo más que por no defraudarla. ¡Vamos a salvar el pellejo... o a caer aquí! ¡Adelante!

Se movió. Su mirada se había fijado en algo, sobre las cabezas de los seis hombres, quienes, inevitablemente, terminarían con ellos, por mucha que fuera la resistencia que pudieran presentar.

Descubrió los gruesos tubos metálicos y los depósitos oblongos, que emergían del muro terso, deslumbrante.

Jim sabía lo que era aquello: las tuberías del calor, los conductos de la tremenda calefacción, necesaria dentro de las naves espaciales para combatir el intensísimo frío del vacío absoluto. No vaciló. Alzó hacia allí su arma y disparó. Los hombres de Ethan creyeron que era un simple disparo de aviso para abrirse paso.

Cuando descubrieron la verdadera intención de Jim Farrell, ya era demasiado tarde para reaccionar o impedir el desastre desencadenado por la desintegración de tubos y depósito.

Un chillido colectivo, de angustia y de dolor, brotó de donde se hallaban los seis rufianes, cuando una cascada humeante, estremecedora, de agua hirviente cayó sobre ellos, al licuarse el oxígeno líquido que, especialmente obtenido por los laboratorios terrestres, habíase convertido en el mejor conductor del calor, en su estado de ebullición.

—¡Cuidado, no se queme! —gritó Jim, protegiendo con su cuerpo a Marion Gordon—. ¡Esos tipos se están achicharrando ahora!

Ella le contempló, admirada. Pero Farrell distaba mucho de ser un hombre capaz de dormirse sobre sus laureles. Arrastrando a la muchacha, corría ya hacia la salida inmediata al lugar del caos, donde, entre espuma humeante y chorros de líquido en ebullición, se retorcían los seis esbirros de Ethan, encargados de su eliminación o captura.

Les bastó atravesar un breve corredor y saltar en mil fragmentos la cerradura de una puerta metálica para hallarse en el exterior del «Rocket Club», corriendo hacia el ascensor central.

—Casi lo hemos logrado —sonrió Marion Gordon—. Si conseguimos

llegar a las pistas exteriores...

—Supongo que, mientras nos introducimos en las cámaras de descompresión para someternos al cambio de ropa y de presión, Ethan intentará algo, avisando a su personal en las pistas. Es seguro que también tendrá cómplices allí.

—Claro que sí. Él tiene esbirros en todas partes. ¿Tiene alguna idea para impedir esa maniobra?

—No. Es virtualmente imposible evitarla. Correremos el riesgo... —se paró ante el ascensor, y pulsó el llamador. Cuando llegó, escasos segundos después, comprobó que no había nadie dentro. Del «Rocket Club» llegaban voces y rumor de carreras. Los perseguidores, que habían confiado en la eficacia del grupo de hombres armados, advertían su error demasiado tarde, y pretendían alcanzarles antes de que tuvieran mejor ocasión de fuga.

—¡Vamos, adentro! —ordenó Jim, cuando el ascensor deslizó su puerta—. ¡No hay tiempo que perder!

Llegaron con los segundos justos. Cuando el ascensor se cerró para catapultarles abajo a velocidad de vértigo, las puertas del «club» se abrían, emergiendo por ellas el propio Ethan al frente de otro grupo de hombres.

Con ira impotente, vieron desaparecer el vertiginoso ascensor, llevándose a sus enemigos hacia la planta inferior, donde se hallaban las pistas de despegue.

—¡Pronto, hay que impedir que esos dos estúpidos escapen del Espacio Puerto! —rugió Ethan—. ¡Vamos, a las cámaras de descompresión, enseguida! ¡Allí les daremos caza! ¡Y que uno de vosotros avise a Max y a Seeler, en la pista de despegue, para que impidan salir al turbocar espacial de Marion Gordon!

Los hombres de Ethan se dispersaron en busca de los fugitivos. Solamente Ethan esperó a que la luz indicadora del superascensor señalara el final de su trayecto, para oprimir el botón de llamada.

Justamente entonces, una complicación imprevista se alió de modo inaudito con los dos jóvenes que escapaban. El juego de altavoces, oculto por todo el Espacio Puerto, comenzó a transmitir una llamada de emergencia. Ethan se volvió bruscamente, escuchando la voz que empezaba a sonar ahora, dirigiéndose a los habitantes y visitantes del Espacio Puerto 36.

—¡Señoras y señores, manténganse todos en sus sitios actuales! ¡No utilicen ascensores ni escaleras automáticas! ¡Todo paso a las pistas, excepto para aquellos que se hallen ya en ellas, en sus vehículos o en las cámaras descompresoras, queda prohibido! ¡Llamada de emergencia! ¡Atención a todos, recuerden que los accesos quedan paralizados por orden de la Comandancia Espacial del Espacio Puerto 36! Una nave sin mandos,

conducida por un hombre enloquecido, se aproxima a las pistas, y es preciso darle entrada o provocará una hecatombe. Ya hemos logrado dominar la nave por control remoto y la traemos hacia acá. ¡Manténganse todos en sus lugares actuales, sin moverse! ¡Ésta es una llamada de emergencia!

Buddy Ethan golpeó el suelo con una violenta patada. Luego masculló, irritado:

—¡Maldición, hasta en esto tienen suerte esos perros! ¡Se escaparán de mis manos sin que pueda evitarlo, por culpa de esta endiablada complicación!

Luego giró la cabeza hacia los ventanales del corredor, mirando a la pista circular del Espacio Puerto. Ya las ambulancias, equipos de emergencia y personal de servicio corrían a habilitar la Pista 7, que sería la utilizada para intentar el aterrizaje de la astronave controlada a distancia.

Un nuevo mensaje radiado por los altavoces, tuvo la virtud de enfurecer aún más a Buddy Ethan:

—¡Atención a todos los ocupantes del Espacio Puerto 36! ¡Se pide a cuantos médicos o personal sanitario se hallen aquí sean de la Base o no, atiendan urgentemente a la llamada y presten su colaboración para asistir al piloto que se aproxima, y cuyo estado de demencia puede traer consigo serios peligros, si no se le domina oportunamente!

—¡Médicos! —rezongó con rabia, apretando las mandíbulas, furioso—. ¡Ese maldito medicucho se aprovechará de la ocasión para escabullirse definitivamente... y mis hombres no podrán seguirle a la pista, ya que no son de Sanidad!

Se volvió con ira hacia el «club». Ahora sí daba definitivamente por perdida la caza. Tendría que comunicarse directamente con Anders W. Gordon para recibir nuevas instrucciones. El «Doctor Space» había empezado a constituir un serio peligro para todos.

CAPÍTULO V

LA LOCURA DEL ESPACIO



N medio de todo, esta complicación ha sido una suerte, doctor. De no ser por ella, seguramente no estaríamos ahora aquí, sino tal vez detenidos por la gente del señor Ethan en la cámara descompresora.

—Es cierto —asintió Jim, ataviado con su traje espacial, con la vista fija en la distancia, donde ya era visible el puntito rojo de la nave, que estaba siendo atraída, por controles remotos, al suelo del Espacio Puerto—. Ahora, hágame quedar bien y demuestre que puede ser una auténtica enfermera, llegado el caso.

Marion Gordon le sonrió, desde el interior de su globo-escafandra, hermosa y femenina, incluso embutida en el antiestético traje espacial.

—No tema, «Doctor Space» —rió—. Haré que me llamen, por lo menos, «Enfermera Estrella», para estar a tono con usted. Pero ¿de veras cree que harán falta nuestros servicios con respecto a ese vehículo que llega?

—Eso nunca se sabe. Hay médicos aquí, en el Espacio Puerto. Pero la medicina espacial es algo muy complejo y singular. A veces, lo que cien médicos no advierten, puede advertirlo uno. No se sabe las enfermedades que aún puede ofrecernos la incógnita de los espacios.

—¿Está la locura entre ellas?

—Está, sí. La locura espacial es la más vulgar de todas ellas. Pero creí que había sido superada ya, gracias a las precauciones tomadas a bordo de las naves, y por los «test» mentales a que son sometidos constantemente los pilotos, para comprobar su estado de sensibilidad a posibles trastornos mentales, originados por los vuelos al espacio. Claro que también deben existir pruebas convincentes sobre el corazón de los pilotos, y algunas veces, no se cumplió debidamente esa norma... o se mintió en su resultado.

Al tiempo de hablar, no quitaba los ojos de la joven. No captó en ella emoción alguna. Miraba fijamente al cielo, como interesada, única y exclusivamente, en la nave que descendía hacia la pista del puerto espacial. O no sabía nada de las maniobras sucias de su padre, o era una excelente comediante, pensó Jim.

La sirena del Espacio Puerto hizo sonar tres toques rápidos, que repitió casi enseguida. Era el último alerta.

—Va a aterrizar —dijo roncamente Jim, acercándose a la joven—. Venga conmigo, señorita Gordon. Hemos de estar en primera fila para acudir enseguida a la nave. Es posible que si su ocupante está tan loco como dicen, provoque nuevas complicaciones al advertir que se posa en terreno firme.

Marion asintió, e incluso se aferró al brazo de Jim, siguiéndole por la superficie circular de las pistas. Ambos llevaban zapatos adherentes por magnetismo gravitatorio. A través de sus esferas de vidrio inempañables a cualquier cambio de temperatura o clima alterado, veían perfectamente las

evoluciones de la nave del espacio, sometida al control riguroso, aunque difícil, de los sistemas de mando de la torre encargada de velar por el perfecto rendimiento de la Base espacial del tráfico entre los mundos.

—Creí que sería una nave de la S. N. C. —dijo alguien, junto a Jim, en la primera línea del personal agrupado en las pistas—. Pero veo que es una nave privada...

—¿De la S. N. C.? —vivamente, Jim volvió la cabeza hacia el que hablara —. ¿Por qué cree eso?

El otro se volvió. Llevaba en su uniforme del espacio el emblema de sanitario del Espacio Puerto. Encogiéndose de hombros, explicó a Jim:

—Tenemos informes de que un piloto de la empresa de Anders W. Gordon, Al Graham, se ha vuelto loco a bordo y ha desaparecido con su nave. Todos pensamos que era el mismo caso, pero no lo es. Éste es otro diferente...

—Otro diferente... —Jim nuevamente prestó su atención a la hija de Gordon, que le miraba con sorpresa—. ¿Ha oído eso, señorita Gordon?

—Sí, lo he oído —asintió, perpleja—. Dos casos de locura en el espacio... ¿Qué es lo que ocurre?

—No lo sé. Pero no será nada bueno —declaró Jim sombríamente—. Para cosas así quería yo mi Hospital del Espacio... La salud del hombre, en los cielos, merece un especialísimo y urgente cuidado... ¡Y lo consideran irrealizable, los muy estúpidos!

—¿A qué se refiere? —se interesó la joven.

—En otra ocasión se lo explicaré —señaló al cielo, sobre sus cabezas—. Mire... Ahí tenemos ya a nuestro hombre, con su nave. Que Dios nos ayude, si el loco posee algún arma peligrosa a bordo y no aciertan a reducirle pronto.

Marion se estremeció, como percatándose muy bien del siniestro alcance de los temores de Jim Farrell, el «Doctor Space».

* * *

En medio de un dramático silencio, solamente roto por el ulular de las sirenas del puerto flotante de los espacios, la nave controlada, inició su maniobra sobre las cabezas de los escasos hombres y mujeres autorizados a pisar la pista de despegue, para prestar sus auxilios al ocupante de la nave.

—Atención, aviso para el personal médico y sanitario de las pistas —llamó el altavoz, dramáticamente—. Está conectado el micrófono de la astronave, pero por él solamente se perciben sonidos guturales, ruidos roncos y horribles, proferidos por una garganta humana. El piloto, Sam Benson, debe de estar completamente loco... ¡y será muy peligroso!

Varios miembros de la Policía Sideral, provistos de uniformes verdes con emblema azul, se hallaban ya en hilera frente a la pista 7, empuñando sus

armas. Armas contundentes, dispuestas a entrar en acción.

—Eso es lo que hemos de impedir, mientras sea humanamente posible —musitó Jim, señalando los superfusiles—. Una vida humana siempre debe ser salvada, no destruida. Pero, si no hay más remedio, esos policías matarán al infortunado piloto, ¿comprende?

Ella asintió. Sí, parecía entender muy bien, a pesar de no ser realmente enfermera, tal como él había asegurado, para que la permitiesen acompañarle a las pistas, huyendo de la cacería despiadada de Ethan y su pandilla.

—Le gusta luchar por el bien de los demás, ¿verdad, doctor? —preguntó ella de repente, cuando ya la forma de la nave espacial flotaba sobre el espaciódromo, buscando sus controladores la posición ideal de aterrizaje.

—Sí, me gusta impedir que haya muertes, enfermedades y todo eso. Por eso me hice médico. Por esa misma razón deberían serlo todos los médicos. No por obtener ganancias fáciles o puestos importantes.

—¿Hay médicos de esa clase?

—Siempre hay de todo... en todas las profesiones.

No se habló más. El vehículo del espacio estaba posándose en el suelo de metal refractario del Espacio Puerto. A su alrededor, los técnicos, personal sanitario y policías, empezaron a formar un estrecho cerco. Cada cual tenía su misión y su lucha.

La nave no parecía haber sufrido daños. Al menos, exteriormente. Los mandos habían respondido al control a distancia. Pero allí dentro había un ser humano, un hombre acorralado, un ser enloquecido, que podía constituir un gravísimo peligro para todos.

Aquel hombre era a quién Jim Farrell quería salvar a toda costa, antes de que la policía abriese fuego sobre él, como recurso final para reducirlo.

La turboambulancia se movió hacia el vehículo que acababa de detenerse. De ella saltaron los enfermeros especializados. Con ellos iba un médico del Espacio Puerto. Rápidamente, Jim se unió a ellos, avanzando hacia la puerta de la nave.

—Voy con usted —dijo en un murmullo Marion Gordon.

—No, quédese —avisó en igual tono Jim, enérgicamente.

—¿Por qué?

—No olvide que eso de que usted es enfermera es simplemente una farsa. No corra riesgos, hágame caso. Espere aquí. Si la necesitara, la llamaría...

Marion se quedó atrás. Jim y el médico del Puerto espacial llegaron ante la puerta del vehículo del espacio. Un policía avisó:

—¡Tengan cuidado! ¡Deberían esperar a que antes entráramos nosotros!

Jim y el otro médico se miraron entre sí en silencio. Se comprendieron sin necesidad de palabras. Ambos avanzaron hacia la entrada del espaciocohete recién posado. La mano del otro doctor se movió, aferrándose al pestillo de la puerta.

—Suerte, colega —le deseó Jim—. Y vaya alerta.

—Igual le digo, colega —sonrió el otro doctor. Y antes de abrir, extrajo una caja metálica del bolsillo, de forma plana. De ella, sus enguantados dedos sacaron una jeringuilla con aguja de resorte, cargada con un líquido blancuzco y viscoso. El médico dijo simplemente—: Vamos allá...

Jim conocía la droga. Era el «mentofort», poderoso antibiótico contra las dolencias mentales de toda índole. Hacía falta saber si en el piloto loco daría resultado.

La puerta se abrió, bajo impulso del médico del Espacio Puerto. Ambos hombres atisbaron hacia el interior. Olía a goma quemada y había una tenue humareda azul dentro de la cabina. Eso acusaba el fallo, el chispazo de algún motor o contacto, durante el descenso.

Allá, junto al cuadro de mandos, yacía un hombre boca abajo. Era el único ocupante de la nave. Ambos médicos respiraron con cierto alivio. El colega de Jim se volvió, gritando a la policía:

—¡No hace falta que intervengan! ¡Ya lo tenemos! Está inconsciente...

Luego, entró. Seguido de Jim, cruzó la cabina, amplia y de forma oval. Se detuvo ante el caído, y cambió una mirada con Farrell.

—Le inyectaré —observó—. No creo que haya muerto, pero le inyectaré antes de comprobarlo, por si acaso vuelve en sí de un momento a otro. No podíamos encontrar las cosas más favorables para nuestra tarea, doctor.

Jim afirmó. Incluso demasiado favorables. A él siempre le preocupaban las cosas que, poseyendo un cariz feo y arduo, se resolvían con excesiva facilidad.

Claro que, en este caso concreto, parecía una idea tonta. Porque el piloto yacía sin sentido y la inyección sería fácil y eficaz en extremo. Daría un largo y apacible sueño al caído, devolviéndole lentamente el raciocinio y la normalidad.

Su colega se inclinó sobre el hombre inerte. Sin saber la razón, Jim se quedó atrás, mirando fijamente la escena, junto a un armario de herramientas de a bordo, cuyo cristal aparecía roto, a pesar de su especial resistencia a los golpes. Faltaba un objeto: un hueco aparecía en la hilera de herramientas. Y era pequeña, a juzgar por la escala de tamaños. Quizás no más larga que el mango de un viejo almirez. En cambio, había allí otras herramientas mucho mayores y de una contundencia terrible.

De pronto, Jim tuvo la clara visión de lo que sucedía. Fue como un

ramalazo de luz, como una corazonada violenta, que le asaltó vivísimamente y le hizo dar un respingo, volviéndose rápidamente hacia el médico y el piloto, gritando con voz ronca:

—¡Cuidado! ¡Aquí hay algo raro...!

Era tarde. El médico estaba inclinado sobre el caído, a punto ya de inyectarle. Pero éste, coincidiendo con el grito de Jim Farrell, se irguió de repente, con un brinco felino y un chillido espeluznante, enarbolando justamente la herramienta que faltaba en el armario. Una plana y pesadísima palanca de acero y hierro, capaz de quebrar una cabeza con la misma facilidad que un huevo o un fruto maduro.

El médico intentó pincharle, pero en vano. El loco poseía una fuerza ciclópea, un arma contundente, y estaba dominado por esa astuta furia, propia de los dementes.

Se había puesto en pie de un salto elástico, seguro, y alzó simultáneamente su mano armada. Luego la abatió sobre la nuca del médico, al tiempo que éste, con un giro brusco de su cuerpo, pretendía eludir el impacto.

No lo logró sino a medias. El objeto contundente le golpeó de refilón en la nuca y cayó como un toro herido de muerte. La jeringuilla, con su aguja emergiendo ya, rodó por el suelo, casi hasta los pies de Jim Farrell, impresionado testigo de la escena.

Farrell se encontró de ese modo frente a un hombre extraño. Alto, poderoso, de anchas espaldas, macizos puños y faz ancha, poblada de mucho vello oscuro. Sus grandes ojos pardos brillaban, dilatados por el terror intuitivo de los locos.

—¡No toque eso! —jadeó, enarbolando el arma que había derribado al otro médico—. ¡No lo toque... o le mataré! ¡Fuera... fuera de aquí!...

Jim conservó la serenidad, el dominio tremendo de sus nervios. Aquel hombre era una amenaza espantosa y cruel, todo lo mala que podía serlo una fuerza suelta, movida por la demencia y la oscuridad mental.

—Oiga, Sam. Usted es Sam Benson, ¿no es cierto? —comenzó Jim lentamente.

—¡No! ¡Yo no soy Sam Benson! —aulló el otro, vacilando aún, a punto de saltar sobre Jim—. ¡Yo no soy nadie! ¡No soy nadie! ¡Y no vengo de ninguna parte!

—Sí, lo sé —suspiró Jim, paciente, estudiando con ojo agudo la distancia que le separaba del armario cuajado de objetos contundentes, la distancia que había hasta la aguja hipodérmica—. Pero escuche, quienquiera que sea, amigo mío...

El paciente gritó:

—¡No soy su amigo! ¡Ni siquiera soy de ustedes! ¡Odio a la Tierra, odio a los seres humanos! ¡Vengo a matar, a matar y a destruir! ¡Y lo haré!

—Muy bien, Sam, mata y destruye, si quieres. Pero no te empeñes en resistirte contra mí. Yo vengo a ayudarte. Soy tu amigo, aunque tú no los tengas. Estarás mucho mejor conmigo que con nadie. He venido a atenderte, a curar tu dolencia...

Quiso recoger la aguja del suelo, pero no le fue posible. Tuvo que saltar de costado, eludiendo la palanca lanzada por el loco. El hierro pasó silbando y hendió el aire del interior de la nave, a menos de dos pulgadas de él.

Tuvo que saltar atrás, perdiendo su ventaja respecto a Sam Benson, que ahora estaba mucho más cerca que él de la jeringuilla hipodérmica.

—Se lo avisé —gimoteó Sam, riendo estúpidamente—. Le avisé que no hiciera nada. La próxima vez no tendrá tanta suerte. Y le mataré. ¡Le mataré!

Esperaba que se encogiese de temor. Pero Jim no se movió. Sabía que, de momento, no tendría ayuda... hasta que fuese demasiado tarde. Nadie más se había acercado a la nave. Confiados, como ellos mismos, en que el piloto estaba inconsciente, creerían que ambos médicos estaban realizando su labor, sin peligro alguno. Y bien diferente era el momento.

Rápidamente, Jim Farrell cargó de nuevo contra la jeringuilla. Pero con un doble movimiento de sus brazos y una flexión de su cuerpo, logró, casi simultáneamente, alcanzar con la mano derecha una de las palancas pesadas y macizas del armario roto, y con la izquierda, estirada dificultosamente, la jeringuilla.

Logró evitar el tremendo puñetazo del loco, replicando con un oportuno impacto de través en la faz del infortunado Benson. El choque del objeto pesado en su mandíbula le derrumbó pesadamente, tras un escalofriante crujido de huesos.

Sin perder un momento, Jim se abalanzó sobre el caído y le clavó la aguja en la nuca... Vació el líquido de la jeringuilla en su cuerpo. Cuando se incorporó, jadeando, el demente ya no se movía. Estaba totalmente adormecido, de resultas del golpe y de la inyección.

—Bueno —jadeó Jim—. Esto está listo...

Se volvió lentamente. Al llegar a la puerta de salida, se encontró con Marion Gordon y con los policías. Avisó:

—Vengan conmigo. Benson está reducido, pero mi compañero necesita auxilios. Cuando llegamos, ese loco fingía estar inconsciente, para saltar sobre nosotros acto seguido.

—Dios mío, doctor —murmuró Marion—. Corrió un peligro mortal, entonces.

—No más que otras veces —sonrió Jim—. Son cosas que un médico tiene que resolver, le guste o no... ¿Todavía sigue empeñada en hacer su papel de enfermera, señorita Gordon?

—Si fuera a su lado, sí —asintió ella de pronto, sin desviar sus ojos de Jim.

—Vaya, eso es muy elogioso —rió el joven médico—. Pero me imagino lo que diría su padre si supiera que ha ayudado en alguna cosa a un tipo llamado Jim Farrell.

—¿No son buenos amigos?

—¿Amigos? Oh, no... —Jim observó, pensativo, cómo cargaban el cuerpo inconsciente de Benson en una camilla especial, y cómo el médico del Espacio Puerto era atendido allí mismo, hasta empezar a volver en sí. El joven doctor pareció recordar algo y, volviéndose a Marion, observó:

—Será mejor que nos marchemos cuanto antes de aquí, señorita Gordon. Precisamente nuestro enemigo, Buddy Ethan, es el mejor amigo de su padre. Eso le hará tener una idea de la situación.

—Sin embargo, ese hombre no vacilaría en matarme —opinó la joven.

—Seguramente no. Luego, siempre tendría la excusa de que había desaparecido usted. Y en el momento oportuno, aparecería el verdadero o un falso cuerpo capaz de convencer a todos, en un lugar donde nadie pudiera relacionar esa muerte con él.

—Ya veo —ella miró hacia las cercanas pistas—. Mire, Jim. Allí, en la pista Nueve, tengo mi turbocar amarillo. Es de carreras, velocísimo y seguro. Podemos llegar a la Tierra en muy poco tiempo.

—Bien, entonces en marcha. Vale más salir de aquí ahora. Por Benson ya hicimos lo que fue posible. Hasta que le analicen el cerebro no sabrán lo que tiene, aunque creo que es una especie de locura muy rara.

—¿Rara? ¿En qué sentido?

—Su agresividad resultaba muy extraña.

—¿Agresividad? Es lógica en un demente, ¿no?

—No me refería solamente a esa especie de agresividad, sino también a lo que dijo... Insistía en que él no quería ser como nosotros... Parecía frenético. Y, a la vez, extrañamente frío en su modo de reaccionar y pensar.

—Bien, deje de ocuparse de su ficha clínica. Si hay novedades, mañana mismo las sabrá. Vámonos ahora. Tendremos ventaja mientras no entren personas ajenas en las pistas. Pero, en cuanto eso suceda, ya verá cómo Ethan vendrá a por nosotros.

—De sobra lo sé. En marcha, pequeña —tomó a la joven de un brazo y echó a correr hacia el exterior, alejándose a la carrera del cohete parado,

abriéndose paso por entre el gentío técnico acumulado allí en aquellos momentos.

Su carrera a través de las metálicas superficies del Espacio Puerto, resultó difícil de superar y aun de igualar. Jim Farrell y la supuesta enfermera llegaron a la Pista Nueve, corriendo bajo los tinglados, soportes y torres metálicas.

El turbocar, de forma aerodinámica, como un proyectil agudo, de plateada punta, ventanas alargadas, fuselaje amarillo intenso y matrícula particular de Nueva York City, parecía aguardar, dócil y dormido, a su dueña.

La puerta funcionó por medio de una célula fotoeléctrica que accionó Marion Gordon al pisar el primer peldaño en un determinado sitio.

Marion miró atrás, antes de encaminarse a los mandos y dejar que la puerta se cerrase automáticamente.

—Ya vienen —dijo—. Ahora salen de la torre central. Seguramente cruzarán las pistas en busca nuestra. Pero buen trabajo les daremos. Este vehículo es un bólido de carreras interplanetarias, difícil de superar por motor alguno.

Jim asintió. Entendía poco de vehículos, pero la ligereza y potencia de aquella formidable nave, resultaba evidente en todos los detalles de sus mandos y controles. Se acomodó en el asiento del segundo piloto, ciñéndose las correas de seguridad, al tiempo que trataba de mover los mandos, para saber el funcionamiento de la nave.

—Yo conduciré primero —le interrumpió la joven—. Luego podrá usted hacerse cargo, cuando esté plenamente seguro de sus controles. Prepárese, que vamos a partir sin pedir despegue, Farrell. Esto es ilegal, pero no importa. Lo realmente importante, es escapar a esa gente.

Jim asintió. Su voz dijo simplemente:

—Preparado. Arranque cuando quiera...

Los potentísimos turborreactores estallaron, proyectando un denso chorro de llamas y humo. Sin un solo segundo de pausa, la nave amarilla partió, hendiendo el cielo como una flecha vertiginosa.

Jim se sintió aplastado contra el asiento por la enorme fuerza gravitatoria que desplegó en su salida, y después, poco a poco, empezó a rehacerse, a sentirse mejor, y más ligero.

Miró a los visores fluorescentes de los televisores de rumbo que había a bordo. Comprobó que el vuelo era ya normal. Los mandos, en manos de la joven, eran cosa de niños. Su experiencia como conductora, era impresionante.

La nave volaba por el vacío a velocidades fantásticas, que además iban en

creciente aumento. Marion Gordon se volvió a él, riendo de buena gana.

—¿Ve usted, Jim? —gritó—. ¡Esto es correr! ¡No creo que esos rufianes nos den caza fácilmente!

Jim suspiró, retrepándose en el asiento.

—No. Yo tampoco lo creo. Pero tenga cuidado; no vayamos a pasar de largo ante la Tierra sin enterarnos —bromeó Jim Farrell de buen humor.

* * *

—¿Qué es lo que tanto le preocupa?

—Esa locura espacial de Benson...

—¿Todavía? —Marion controló suavemente los mandos, cuando empezaron a penetrar en la atmósfera terrestre. Su pie hizo funcionar los superefrigeradores exteriores, para evitar el roce y la fusión—. Le tiene obsesionado esa idea, doctor.

—Es natural, Marion; soy médico. Y médico del espacio. La medicina espacial es mi fuerte. Tengo que averiguar cuáles son las dolencias del Cosmos, la forma de investigar, de eliminarlas, antes de que sean irremediables. Muchas cosas podrían hacerse en ese terreno. Pero nadie las quiere hacer, excepto yo.

—¿Y por qué no las hace? —sonrió la hija de Anders.

—Precisamente por eso. Porque no quieren que se haga. Nadie me ayuda. Y yo carezco de medios para tal labor.

—¿Tanto es preciso?

—Más de cien millones en principio —dijo Jim, con un suspiro—. ¿Se da cuenta?

—Sí —ella asintió—. Es su famoso Hospital, ¿no es cierto?

—Ya sé que le parecerá absurdo, como a todos. Pero un establecimiento clínico en el espacio, con brigadas de emergencia, con patrullas de ambulancia especialmente diseñadas para llegar en segundos a las zonas peligrosas, sería la mayor ilusión de mi vida. Pero, además, sería el triunfo de la medicina del espacio sobre los males que, como la locura de Benson y de ese Graham, piloto de la Empresa de su padre, llegan de más allá de los lugares habitados, de más allá del espacio conocido...

—Le comprendo, Jim. Es una noble y hermosa ambición. Mi padre no sería capaz de financiarla, ¿verdad?

—Escuche, señorita Gordon. Quizás voy a pecar de duro e injusto, pero su padre es precisamente de la otra clase de hombres, de los que sólo piensan en sí mismos y en sus intereses, para despreocuparse por completo de la salud ajena. A él no lo importan los que mueran. Incluso dejó morir a un piloto

suyo, Walt Hapman, falseando un informe clínico en complicidad con los doctores encargados del asunto. Y cuando el piloto murió, por culpa de ese estúpido afán de aprovechar sus condiciones de excelente conductor de astronaves, ellos robaron a la viuda el certificado, supliéndolo por uno falso, para no admitir su culpa, aunque con ello le quitaban a esa pobre mujer y sus hijos el justo derecho a una pensión y a un seguro...

Reinó el silencio en la nave deportiva y lujosa de Marion, que ya llegaba a la Tierra tras su carrera vertiginosa, auténtico alarde de velocidad en los senderos sin forma del cielo.

Marion meneó la cabeza lentamente, con expresión sombría.

—No soy una santa, doctor. Usted sabe que juego, me gusta fumar plantas aromáticas, narcóticas, y que incluso bebo demasiado. No sé por qué hago todo eso. Tal vez sea por aburrimiento de la vida, por un exceso de lujos, caprichos y comodidades siempre satisfechos. Tal vez lo haga este mismo mundo de hoy que nos ha tocado vivir, en el que ni siquiera alcanzar las estrellas es ya una quimera.

—Es posible que ahí esté una razón del cansancio de mucha gente, señorita Gordon.

—Sí, puede ser. Pero, como le decía, aunque no soy una santa, un comportamiento así, en mi padre me parecería horrible e imperdonable. Por eso, me permitirá que no le crea.

—Es natural. Le concedo un derecho humanísimo a esos afectos. Usted cree en su padre. Es justo; debe creer. Pero lo que dije yo es la verdad. Ojalá no lo fuese.

—Ya veo... —inclinó la cabeza, pensativamente—. Usted y él no son amigos, ¿verdad?

—No, en absoluto. Tratará de destruirme por todos los medios. Pero también hay otros culpables. Los doctores Miller y Sherman. Dos hombres indignos de pertenecer a la misma profesión que yo amo.

—No le puedo creer, Jim Farrell. Usted es un buen amigo. Me ayudó a ganar una fortuna inmensa. Yo le ayudé a eludir la muerte. Y juntos, luego, hemos huido del enemigo. Pero de eso a tener un frente común... media un abismo. Mi sitio está junto a mi padre.

—Sigo encontrándolo muy natural.

Marion dijo:

—Gracias, Jim. Eso hará menos difíciles las cosas. Yo debo referir a mi padre todo lo sucedido. Pero, aparte de eso, si en algo me necesita, Jim, yo le ayudaré. Sea como sea, le ayudaré... en tanto no perjudique a la S. N. C. ni a Anders W. Gordon, ¿comprendido?

—Sí. No le pediré ayuda en nada. Pero se lo agradezco igual, señorita Gordon.

—Llámeme Marion. Somos amigos —ella le tendió su mano—... si quiere que lo seamos.

—Claro que sí —Jim Farrell estrechó su mano—. El día que logre ver en el espacio un satélite o un asteroide artificial, que sea el soñado Hospital del Espacio, sepa que sigue estando usted invitada a él. Y que, incluso, puede ser enfermera en él, a mi lado, en recuerdo de una aventura peligrosa en el Espacio Puerto 36.

—No lo olvidaré —sonrió Marion Gordon—. Suerte, «Doctor Space». Ahora comprendo por qué le llaman así... Ha hecho del espacio la razón de su vida, ¿no es cierto?

—Del espacio... y de la salud y la vida de los hombres que lo recorren, Marion.

—Es un hermoso sueño, de verdad. Ojalá un día despierte y deje de ser sueño para tener más forma y corporeidad, Jim.

Farrell inclinó la cabeza. Sí, estaba seguro de que ella era sincera. Y aunque de allí en adelante nuevamente sus campos serían opuestos, por razones de sangre y de nombre, la semilla de una buena amistad quedaba atrás entre ambos, como fruto de una situación azarosa... y de una fortuna ganada en la superuleta del Espacio Puerto 36.

CAPÍTULO VI

INQUIETUD



STO fue todo cuanto sucedió, papá. Lamento haberte desobedecido, yendo a jugar de nuevo. Pero, después de todo, ya cumplí los veintiún años. Soy mayor de edad, y no eres tú el responsable completo de mis actos—sonrió, risueña—. A pesar de ello, ¿verdad que me perdonas?

—Está bien —asintió Anders W. Gordon—. Perdonada, Marion. Pero no por tu enorme fortuna, ganada en el juego... sino porque creo que todos esos caprichos y vicios tuyos han sido un poco culpa mía durante todos los años en que, faltando tu madre, te eduqué a mi modo.

—Eres un encanto, papá —le besó, alegremente, incorporándose—. Un verdadero encanto... Te prometo, sin embargo, no volver a jugar en parte alguna. Ni en tierra ni en el espacio. Ésta será mi última y mejor jugada.

—Será mejor así, Marion. No quiero verte complicada en nuevos problemas. Ese tal Buddy Ethan pudo haberte causado daño... y yo no me hubiese enterado de su culpabilidad. Haré que le interrogue la policía. Le arrestarán, si es preciso. Y yo le acusaré.

—¿Harás eso, papá? Yo he oído decir a ese joven médico, al doctor Farrell, que Ethan y tú debíais de ser socios en un asunto feo. No me quiso decir cuál...

—¡Ese médico es demasiado insolente! —aulló Gordon, irritándose. Pero en el acto se contuvo, recordando que estaba en presencia de su hija. Serenándose, agregó—: ¿Cómo podría tu padre, un hombre honorable y con prestigio mundial, mezclarse con asesinos y forajidos?

—Sí, padre, yo lo comprendo muy bien. El doctor es tu enemigo, ¿verdad?

—Lucha contra mí porque no he aceptado financiar un loco proyecto suyo —Gordon urdió rápidamente un embuste—. También hay dos médicos de mi Empresa que considera como adversarios, por cuestiones profesionales. Todo ello, le sitúa frente a mí, encarnizadamente. Tal vez a través de ti intentó buscar un medio de aproximarse a mí de romper el hielo... o de atacarme. Cualquier cosa es posible en un hombre como él...

—Lo tendré en cuenta, papá. Y me guardaré de él en lo sucesivo. Tal vez hice mal en esa ocasión, en salvarle la vida...

—Nunca está mal salvar una vida, hija mía —dijo benignamente Gordon, adoptando un aire afable y dulce—. De eso no debes arrepentirte, y ahora, por favor, déjame solo. He de seguir despachando cuestiones de importancia de mi empresa.

—Sí, papá.

La joven besó al magnate de los viajes comerciales al espacio, y se encaminó a la salida. Ya cerca de ella, la llamó él con voz suave:

—Marion, hija...

—¿Qué, padre? —ella se detuvo, girando la cabeza.

—¿Qué piensas hacer con tu dinero? Ahora eres fabulosamente rica. Y eso tiene sus peligros...

—Mi querido padre, mis millones posiblemente irán a centros benéficos.

Tengo en mi poder el cheque billete, efectivo al portador en el Banco Mundial. No sé lo que haré, pero lo guardo de momento. Y estate tranquilo. Nada me sucederá.

Le lanzó un nuevo beso con la punta de los dedos, y desapareció tras la puerta del despacho.

Rápidamente, Anders W. Gordon entró en acción. Con febril rapidez, estiró la mano, aferrando el televisófono, lo puso en funcionamiento y comenzó a hacer llamadas. Hizo exactamente tres. Y a cada uno de sus interlocutores le dijo lo mismo:

—Esta noche, a las diez. En mi oficina secreta. No falte.

La respuesta también fue aproximadamente, la misma en los tres casos:

—A las diez. No faltaré, señor.

Gordon colgó con aire irritado y pensativo. Miró hacia la puerta por dónde había salido su hija. Luego, se frotó la mandíbula, pensativo.

Su inquietud tenía razón de ser. Pero, un momento más tarde, esa inquietud creció de punto.

Fue debido a una llamada televisofónica que recibió. Al pulsar el receptor, en la pantalla apareció la efigie de uno de sus funcionarios de la Sección de Personal, que le comunicó gravemente:

—La nave tripulada por Al Graham ha aparecido, señor.

—¿Sí? ¿Dónde? —saltó Gordon.

—Destrozada en el Asteroide F-12. Graham estaba muerto. Había enloquecido. Los médicos acaban de hacerle la autopsia. Las noticias son malas, señor. E inexplicables.

—¿Inexplicables? ¿En qué sentido? ¿Puede haber algo peor que esto?

—Sí, señor. Según la Policía Sideral... lo hay.

Gordon gritó:

—¡Al infierno con sus misterios! ¿Y qué es ello?

—El piloto, Al Graham, al serle practicada la autopsia...

—¿Acabará de una vez? ¿Qué hay con él?

—Que tenía el cráneo vacío, señor... No quedaba nada, absolutamente nada dentro. En resumen... No tenía cerebro.

Gordon se quedó sin aliento. Miró, estupefacto a la pantalla y jadeó, con voz ronca:

—¡Imposible! ¡Eso es imposible!

—Lo parece, señor —asintió gravemente el funcionario—. Y aún hay más.

Acabamos de recibir el informe sobre el otro piloto que se rescató en el Espacio Puerto 30. Ése estaba vivo al ser capturado por el doctor James Farrell, el llamado «Doctor Space». Pero ahora, señor, está muerto. Murió en el hospital... ¡Y los rayos X revelan que tiene el cráneo vacío!

* * *

—¡Al diablo con esa fantástica historia de cráneos vacíos y hombres sin cerebro! —dijo abruptamente Gordon—. Parece una novela barata... y si es realidad, a la policía y a los médicos corresponde averiguarlo.

—Es que nosotros somos médicos, señor Gordon —le recordó Sherman—. ¿Lo había olvidado?

—Infiernos, por mi vida que sí lo olvidé —rió sarcástico Gordon—. Será porque antes he pensado que ustedes dos son mis empleados. Y luego, serán médicos o lo que quieran. ¿Entendido de una vez?

—S... sí —jadeó Sherman—. Hemos llegado ya tan lejos en todo esto que, evidentemente, sólo nos queda doblegarnos a sus deseos y callar...

—Opino como mi compañero —asintió Miller—. Todos estamos hasta el cuello en un feo asunto. Si ese Farrell sigue cosechando glorias por ahí, terminará por hundirnos.

—De momento, me ha hecho perder una fortuna —rugió Gordon.

—¿A usted? —se sorprendió Miller.

—Claro, estúpidos. ¿Quiénes creen que forman la asociación que está detrás de ese negocio dirigido por Ethan en el Espacio Puerto 36? Banqueros sin escrúpulos, grandes especuladores y... yo. Esa pérdida enorme me reporta a mí la ruina. Si no recuperamos ese dinero, estaré en la ruina. Y conmigo, una docena de personas. Otros veinte hombres se tambalearán en su posición. ¿Y todo por qué? ¡Porque ese estúpido de «Doctor Space» hizo su jugadita en favor de mi hija!

—¿Por qué no le pide dinero a su hija? —observó el cuarto reunido en la sala, Buddy Ethan en persona.

—¡Tiene usted ideas estúpidas, Ethan! —aulló Gordon—. Ahora comprendo que se le escaparan de entre las manos... Yo no puedo descubrir, ni siquiera ante mi hija, que tengo intereses en ese negocio. Y mucho menos, que estoy en la ruina. Por eso les he reunido. Necesito dos cosas de ustedes: una es recuperar el cheque al portador contra el Banco Mundial y destruirlo. Todo quedará igual que antes.

—Pero ese cheque... lo tiene su hija.

—Sí.

—Habrá que asaltarla.

—Sin causarle el menor daño, sí. Pero quitándole el dinero. De eso quiero que se encarguen ustedes, doctor Sherman y doctor Miller...

—¿Cómo?

—Mañana, vendrán a cenar conmigo. En la comida, verterán una droga narcótica que deberá hacer creer a Marion que sufre un dolor cualquiera, de apariencia natural. Entonces, la llevaremos a su alcoba, ustedes la atenderán... Usted, Miller, lleve un casco de lectura telepática. Sabremos lo que piensa... y dónde tiene guardado el cheque. Lo demás, será fácil.

Los dos médicos asintieron. En cuanto a Ethan, preguntó con voz sorda:

—¿Y mi papel? ¿Cuál es esta vez?

—Ir a casa del doctor Farrell... y matarle.

—Matarle, ¿eh? —Ethan sonrió siniestramente—. Veo que se hace positivo en sus ideas, señor. Eso debió hacerlo mucho antes. Pero nunca es demasiado tarde...

—¡No, nunca es tarde. Quiero que se asegure bien. Farrell debe morir.

—Morirá. Pero esto le costará algún dinero, Gordon. Es una tarea seria...

—No se preocupe. Habrá, dinero.

—¿Y si los doctores fracasaran con su hija?

—A pesar de todo, habrá dinero. No pregunte más. Pero nadie fracasará. Nadie debe fracasar... Eso es todo.

Los hombres reunidos en la oficina secreta de Anders W. Gordon se incorporaron, comenzando a salir de allí. La decisión estaba tomada. Era decisiva para la continuidad de Gordon al frente de la S. N. C. y para la propia vida del dirigente.

Una vez solo, Anders W. Gordon sonrió, frotándose las manos complacido. Su enemigo mortal iba a desaparecer. Y recuperaría el dinero. Era absolutamente preciso actuar deprisa y sin contemplaciones.

Y eso era lo que iba a hacer el siniestro cuarteto.

* * *

—Tendré que salir de viaje esta noche, querida. De cualquier modo, regresaré mañana por la mañana.

—¿De veras, papá? —la joven alzó la cabeza, mirando por encima de la mesa a su padre. Luego, contempló a los dos médicos con ingenua curiosidad —. ¿Sólo, o en compañía de estos caballeros?

—Ellos vendrán conmigo —asintió Gordon, procurando mantenerse sereno ante Marion—. Hemos de ver a ese pobre Graham, que murió en el vehículo espacial.

—Oh, sí, ha sido horrible. Igual que lo de Benson —se estremeció ella—. ¿Habéis oído esa espantosa historia que circula por los telenoticiarios y periódicos? Dicen que una extraña locura seca los cerebros, haciendo desaparecer por completo la masa encefálica...

—Oh, no diga esas cosas —rió, algo forzado, el doctor Sherman—. Científicamente, no se ha comprobado nada. Son simples rumores.

—Sí, vale más que olvides esas cosas tan desagradables —sonrió Gordon a su hija—. Y cenemos, querida. Ya sabes que tengo prisa por emprender ese viaje... Cuanto antes terminemos, mejor. ¿Tienes proyectado salir esta noche?

—No, padre. Me acostaré pronto... —extendió su mano hacia la copa de vino, pero estaba vacía.

Rápidamente, el doctor Sherman se apresuró a servirle vino. Al mismo tiempo, Gordon atrajo la atención de su hija con una pregunta:

—Por cierto, querida, estoy muy inquieto desde que posees tanto dinero. Aunque seguramente lo habrás depositado ya en algún banco, ¿no es cierto?

—Oh, no, padre —rió ella—. Ya te dije que he de destinarlo a obras de importancia para la Humanidad. Pero estate tranquilo; nadie va a asaltarme para robar ese cheque. Está en sitio seguro.

Sherman ya le había escanciado vino. Mientras ella lo tomaba, el médico cambió una astuta mirada con Gordon. Sherman asintió imperceptiblemente y Gordon respiró aliviado. Miró a Marion, que apuraba la copa, sin parecer advertir nada sospechoso en ella.

Sonrió. Y se sintió más jovial al afirmar:

—Bien, amigos míos. Brindemos. Por la perfecta marcha de los negocios de la «Spacial Navegation Company», en el futuro.

Brindaron. Luego, Marion musitó, llevándose una mano a la frente:

—Mi cabeza... Me duele un poco... Y tengo sueño... —bostezó, haciendo un esfuerzo por mantenerse erguida.

La sonrisa de su padre se amplió. Pero Marion no parecía advertirlo.

* * *

Jim Farrell leyó una vez más, con enorme estupor, la nota recibida de la Sociedad Internacional del Progreso Científico:

«Esta Comisión especial verá gustosa su presencia para discutir la creación de un Hospital del Espacio, perfectamente dotado y dirigido por usted, según sus proyectos. Estamos dispuestos, si el proyecto interesa, a anticipar un presupuesto base de doscientos millones».

La fantástica y sorprendente oportunidad, se presentaba por fin. De un modo inexplicable, pero se presentaba. Iría al día siguiente a Berlín, a reunirse

con la Comisión de la S. I. P. C. Y tal vez de allí, surgiría el milagro. Un Hospital de Medicina y Cirugía del Espacio, en órbita en torno a la Tierra... con su brigada de astronaves ambulancias, con botiquines y cuerpos médicos ambulantes, en cohetes ultrarrápidos... Un sueño imposible, que ya no lo parecía tanto. Doscientos millones podían ser una base formidable para hacer realidad el proyecto.

Dobló el comunicado que tanto representaba para él. Por un momento, había llegado a olvidar a Gordon... y a Marion Gordon.

Lástima que Marion estuviera en terreno opuesto. Lástima que fuera hija de aquel hombre. Era dulce, hermosa y llena de valor. Una deliciosa mezcla de energía, vitalidad y ternura femenina.

Gordon la había malcriado y, aun así, era una muchacha encantadora. Sabía que iba a serle muy difícil olvidarla.

La apartó de su mente con esfuerzo, para concentrarse en el extraño misterio de los cráneos vacíos. Había pedido datos, informes concretos a los laboratorios. Esperaba recibir algo que pudiera darle una clave positiva, una explicación del asombroso fenómeno.

En cuestión de horas, Benson, el hombre salvado por él, había muerto, pese a las atenciones clínicas... y su cerebro se había evaporado, sin dejar rastro. Bajo la tapa del cráneo no había nada.

Resultaba espeluznante, terrible la idea. Y desconcertante por completo. ¿Una extraña epidemia de locura? ¿Una plaga? ¿O algo peor?

No quería aventurar hipótesis fantásticas. Pero cada vez se evidenciaba más la necesidad de que el mundo dispusiera de un Hospital en el espacio, donde atender casos extraños, anómalos, ultraterrestres, como aquel asombroso asunto en que ahora se debatía, perpleja e inquieta, la Ciencia médica del mundo.

Fatigado, cerró los ojos, apartándose de su mesa de trabajo, en su residencia. Apartó los libros de estudio, los informes, los periódicos, con amplios pero inconcretos detalles de lo que había sucedido a los dos pilotos, tras su común acceso de demencia, a bordo de las naves del espacio.

Luego, se puso en pie y se encaminó a su dormitorio. Iba a descansar de las fatigas del día. Le esperaba una jornada de gran intensidad al día siguiente. Viaje a Berlín, entrevista con los científicos en cuyas manos estaba su futuro y, quizá, el de la salud de un mundo que cada vez miraba más hacia el espacio.

Ahora, era el momento de retirarse a dormir. No quería pensar. No debía pensar en nada. Era mejor así. Pensar en mil cosas diversas o no pensar en nada. La mente reposaba. Y todo era más sencillo.

Llegó a la puerta de su dormitorio. La célula fotoeléctrica la abrió. Luego,

Jim desconectó el resorte, como hacia cada noche. Se acercó a su lecho de espuma, sobre columnas magnéticas invisibles, que parecían tenerlo suspendido en el aire. Frente a él, los amplios ventanales, asomados a la gran ciudad, a las salpicaduras luminosas de la enorme urbe, a la luz de los canales y vías aéreas, se tiñeron de un azul tenue y sedante cuando accionó el graduador de coloración de los vidrios. Apagó la luz y, en una suave penumbra, se tendió en el lecho.

Afuera, la ciudad palpitaba en la noche, siempre viva, siempre despierta. Pero también en el exterior, muy cerca de los enormes ventanales, una aeroscooter zumbó, silenciosamente, acercándose a la vivienda.

Un hombre de negro y ceñido traje de caucho, y casco de igual color enmascarándole la faz montaba el aeroscooter a turborreacción.

Era la Muerte, que se aproximaba a la vivienda de Jim Farrell, el «Doctor Space».

CAPÍTULO VII

¡MUERTE!



STA aplicado ya? —inquirió Anders W. Gordon ávidamente.

Asintió el doctor Miller con expresión malévola.

—Sí, todo resuelto, señor Gordon —informó—. Ahora leeremos en el encefalógrafo lo que piensa acerca de las preguntas que le hagamos. Sometida con esa droga a nuestra voluntad, hará exactamente lo que se hace sin meditar, lo puramente instintivo.

—Bien. Adelante, entonces. No quiero que ella sufra.

—¿Amor de padre? —rió Sherman, sarcástico.

—Es mi hija, después de todo —replicó agriamente Gordon.

—Seguro. Entonces ¿por qué no piensa lo mismo, antes de quitarle el dinero que ganó en el garito espacial? —rió a su vez Miller, mirando a Gordon.

El presidente de la S. N. C. lanzó una interjección y objetó duramente:

—Eso es cosa mía. Yo pago; ustedes obedezcan... y callen de una maldita vez.

Miller y Sherman se miraron burlonamente. Luego, se inclinaron en silencio sobre el mecanismo de encefalografía, aplicado al sensible casco telepático que ceñía las sienes de Marion, inmóvil y dormida apaciblemente en el lecho.

—Empiece, Miller —indicó Sherman.

El doctor Miller pulsó un resorte del encefalógrafo, poniéndolo en marcha. Dentro de la mente de Marion Gordon comenzó a funcionar el sistema detector de pensamientos e ideas.

—Pregunten —dijo fríamente Gordon.

—Veamos, señorita Gordon —comenzó con voz serena el doctor Sherman —. Usted posee un cheque del Banco Mundial, ¿no es cierto?

«Sí», respondió el encefalograma, en signos fáciles de traducir.

—¿Por qué valor? —insistió Sherman.

«Quinientos millones», fue la contestación.

—¿Ya lo ha depositado en un banco o establecimiento de crédito?

«No».

—¿Dónde está?

Una duda, un confuso trazado sin traducción posible. Miller recitó, monocorde:

—Su mente se resiste. Insista, Sherman. Está débil. Hablará.

—¿Dónde guarda ese cheque, señorita Gordon? —remachó el médico, ávidamente.

Ella respondió por signos, en el encefalograma. Ahora fue Miller quien vaciló, como si se resistiera a traducir. Pero tenía a Gordon encima, espiando los signos. Y Gordon era astuto. Recitó, de mala gana:

«Lo oculté dentro de mi turbocar amarillo. Está en la Base del Asteroide A-11, a mil trescientas millas, de la Tierra».

—¿En qué lugar del vehículo? —instó ahora Sherman.

«Bajo el indicador de presión, en un compartimento de objetos diversos.

Dentro de un guante rojo»...

—Eso es todo —cortó rápido Gordon, al serle traducido el texto que él había sido capaz de leer perfectamente. Conocía a fondo la encefalografía; de lo contrario, nunca se hubiera fiado de semejante prueba—. Vamos, señores. Quiten el casco a Marion, y concluyan la prueba.

—Ella despertará sola dentro de un par de horas —explicó Miller—. No recordará nada en absoluto.

—Bien. Vayámonos. Hemos de emprender viaje.

—¿Al Asteroide A-11? —inquirió Miller, pensativo.

—Sí. Imaginaba algo así o no hubiera conocido bien a mi luja. Por eso hablé anticipadamente de un viaje. Y ha salido como esperaba. Así, si despierta y estamos ausentes, no se asustará. Vamos, no perdamos tiempo.

Los tres hombres, tras recoger los objetos de la prueba inquisitorial en la mente de Marion, los guardaron en una maleta y partieron apresuradamente. En la calle les esperaba un turbomóvil aeroterrestre, en el que se dirigieron con gran rapidez al espaciódromo inmediato. A Gordon no le fue difícil obtener uno de sus propios vehículos espaciales para dirigirse al Asteroide A-11.

Ninguno de ellos supo lo que sucedió a poco de abandonar la casa. No podían saberlo porque, cuando partieron, Marion Gordon mantenía una rígida postura inmóvil.

Pero, momentos después de alejarse los tres hombres, la joven se incorporó en el lecho, con una expresión de amarga decepción en su bonita faz.

Y muy lentamente, se puso en pie, encaminándose a la salida.

* * *

Rápida y silenciosamente, el vidrio se rajó. Las enguantadas manos negras que acababan de cambiar los mandos de la aeroscooter por aquel eficaz diamante especial, que rasgaba las mezclas de vitroplast, tomaron el fragmento de vidrio, depositándolo con cuidado en la terraza del edificio, un saliente semicircular asomado a la gran panorámica, urbana, donde también reposaba la scooter aérea a turborreacción.

El intruso sonrió bajo la máscara negra. Los ojos brillaron, malévolos.

Luego, el cuerpo se asomó, pasando casi completo por el hueco. Pero no pisó la estancia. En realidad, no necesitaba entrar. Allí, en el lecho, tendido ante su vista, en un apacible sueño, se hallaba el hombre a quién venía buscando.

El hombre a quién tenía que matar.

Ésa era su orden, y la iba a cumplir. Era tan fácil que casi le producía risa.

Un crimen sencillo, rápido e impune. Al día siguiente, nadie sería capaz de acusar a Buddy Ethan del delito. Habría muerto Jim Farrell, el «Doctor Space». Pero el asesino tendría una coartada indestructible. Como siempre.

Sepultó su negra mano enguantada en un bolsillo oculto en su malla. Cuando reapareció, esgrimía un largo y curvo tubo gris ionizado, con un resorte rojo en su parte posterior o culata. Lo oprimió.

Bastó una sola presión, apuntando al cuerpo que yacía sobre el lecho de espuma.

Un chorro de luz sibilante, amortiguada, brotó del cañón. Cayó, como una culebra fosforescente, sobre el lecho. Y éste y su forma humana se fundieron en un chispazo, en una llamarada vivísima y una humareda densa. Al disiparse, Ethan sonrió desde su emplazamiento. No quedaba absolutamente nada de nada. Ni lecho, ni cuerpo, ni ropas. Todo se había disuelto, bajo el impacto nuclear desintegrante.

—Misión cumplida —susurró el criminal—. Nunca hice nada más fácil. Pero el viejo tendrá que pagar... ¡y pagar caro por esto!

Dio media vuelta, iniciando la retirada. Y justamente entonces le vio.

Estaba junto a la aeroscooter, como un fantasma que hubiera viajado a través de la nada. Alto, ominoso, dominador. Perplejo, Ethan lanzó un gruñido, y giró la vista a la destrozada cama. Luego, volvió a mirar al hombre erguido en la noche.

¡Era Jim Farrell en persona!

—Sorprendido, ¿eh, asesino? —dijo fríamente la voz del «Doctor Space».

Rápido, el agudo cerebro de Ethan comprendió que no había nada sobrenatural en aquello. Algo había salido mal y el «Doctor Space» aún vivía. Sería preciso repetir el golpe.

Lo intentó, por lo menos.

Pero Jim Farrell no era tan ingenuo como para ofrecerse sencillamente a su puntería. Antes de que Ethan pudiera apretar por segunda vez el resorte de su proyector nuclear, la mano derecha de Jim se había alzado.

En la terraza altísima del edificio, sobre la ciudad salpicada de luces, brilló una nueva luz, azul y fría. Un chispazo estremecedor y terrible, al que se unió el grito de agonía de un hombre y el estallido del arma que llevaba en su mano.

Le envolvió la nube nuclear, desprovista de radioactividad gracias al «neutrald», nuevo elemento aislante de las emanaciones radiactivas. Se fundió en fragmentos, en corpúsculos, en átomos que se disolvieron en la nada...

Ethan dejó de existir. Buddy Ethan, el asesino, se borró del mundo, del tiempo, de todo...

—Se hizo justicia —dijo fríamente Jim Farrell, avanzando hacia el lugar donde antes estuviera Ethan y que ahora sólo mostraba una mancha negruzca, un polvillo oscuro sobre el pavimento—. Me pregunto si no será éste el principio de un mundo mejor, donde no existan los Ethan, los Gordon, los Miller y Sherman...

Entró de nuevo en su vivienda. Comprobó los destrozos causados por Ethan en el dormitorio donde fingió estar durmiendo. Luego, miró el reloj y esperó. Faltaban aún unos minutos para que la anónima persona que le advirtiera del peligro aquel mismo día acudiera a la cita que, al mismo tiempo de avisarle, le diera.

Gracias a ese informe providencial había impedido que una muerte alevosa terminara con él. Sentíase intrigado por saber quién pudo avisarle tan oportunamente.

A las doce, sonó el zumbador de la puerta. Con las debidas precauciones, acudió a abrir, mirando antes por el telemirador. Lanzó una interjección. Al abrir la puerta con apresuramiento, masculló el nombre de su visitante:

—¡Marion Gordon! ¿Qué hace usted aquí... a estas horas?

—No creo haberme retrasado, doctor —sonrió ella—. Es la hora convenida.

—¡La hora convenida! Entonces, usted es...

—¿La que le avisó? Sí, yo soy. ¿Y Ethan?

—Murió... después de intentar matarme a mí. Atomizó mi cama y los almohadones que puse para simular el bulto de mi cuerpo.

—Lo suponía. Le felicito, doctor. Ha sido muy hábil al deshacerse de tal monstruo.

—Pero usted... ¿cómo pudo saber...?

—Igual que supe que iban a narcotizarme a mí, para someterme a una lectura telepática que les revelase el escondite del dinero.

—¿A quiénes?

—A sus amigos, Miller y Sherman. Y a mi padre —añadió con amargura.

—Oh, no. ¿Es posible que él mismo...?

—Sí, él mismo lo planeó todo. He aprendido muchas cosas en estos días, y ninguna agradable, doctor. He aprendido que papá no es como yo creía. Él es uno de los dirigentes de la sala de juego de Ethan. Estaba arruinado, como otros muchos, por nuestro triunfo del otro día. Tenía que recuperar ese dinero sin hacerme daño. Y tenía que deshacerse de usted. Yo fingí marcharme, pero vigilé sus entrevistas y llamadas. Así, pude asistir a su charla con los dos médicos y con Ethan, anoche, en una oficina secreta, a la que le seguí sin advertirlo él ni nadie. Resolví avisarle... y hacer yo mi papel, fingir que me

dejaba narcotizar y sonsacar. Ahora les he mandado a una falsa pista al Asteroide A-11.

—¿En busca de su fortuna?

—Sí —sonrió ella con cierta tristeza—. Pero esa fortuna está ya a salvo. La guardé nada más conocer sus planes para evitar posibles riesgos. Les he burlado. Cuando vuelvan a la Tierra, podrá hacerles arrestar, Jim, Incluso tengo grabada en cinta magnetofónica su conversación con Ethan y los médicos. Cuando presente eso a un tribunal, la viuda de Hapman cobrará su parte. Además yo le pasaré una cantidad mayor para enmendar el mal que hizo mi padre...

—Dios la bendiga, Marion. Ha sido usted un auténtico ángel, capaz de enmendar todo lo erróneo que su padre realizó antes... —Jim la contempló con admiración—. Aunque comprendo cuán doloroso y terrible ha de ser para usted todo esto. Conocer la verdad, saber la clase de hombre que su padre...

—Sí, todo eso es muy penoso para una hija. Pero vale más saber la verdad, por dura que sea, a vivir ignorante, engañada por una falsa felicidad, tan artificial como las burbujas y el aire saturado de oxígeno del «Rocket Club», que le hacen sentirse a una radiante de dicha y optimismo. Ahora creo que nunca más jugaré ni beberé ni fumaré tabacos narcóticos. He vuelto a la realidad, al auténtico suelo terrestre, Jim. Ése del que usted jamás se despegó, por muy «Doctor Space» que le llamen...

—Celebro que lo comprenda, Marion. Si en algo puedo ayudarla, lo haré. No quisiera que usted sufriese más...

—Resultará difícil eso, después de las actuales pruebas —dijo ella sordamente—. De todos modos, Jim... muchas gracias. Ahora ya estará libre de preocupaciones, ¿verdad?

—En cierto modo... sí —sonrió Jim—. Sólo me preocupa algo.

—¿Qué es ello?

—Un problema científico: esas muertes, esa locura del espacio aún sin resolver... Los cadáveres no ofrecen clave ni indicio alguno. Los cráneos quedaron huecos, sin razón lógica ni aparente que lo explique...

—Bien, doctor. Le dejaré con sus problemas. Yo me vuelvo a casa...

—¿Quiere que le acompañe, Marion? No debe ir sola a estas horas por la ciudad.

—Tanto da. Gracias de todos modos, Jim. Si quiere venir, perdiendo una hora más de sueño, siempre será mejor que ir sola... y llorar sola.

—Ánimo, Marion. Usted es una chica fuerte, valerosa...

—Sí, pero todo tiene su límite... —ella respiró hondo. Quiso mantenerse firme, erguida, llena de valor.

Pero falló su energía. Se resquebrajó súbitamente, con un ronco sollozo, y cayó en brazos de Jim Farrell, que la tomó contra sí, prodigándole palabras de consuelo. La acogió con calor, rozó sus cabellos plateados con los labios... y ella, de súbito, alzó el rostro, buscando su faz. Sus bocas se encontraron. El beso se prolongó, intenso y cordial.

Cuando ella separó su rostro, miró a Jim casi avergonzada y quiso desasirse.

—Por Dios... Jim —susurró—. ¿Qué pensará usted de mí ahora?

—Que eres hermosa y maravillosamente femenina, Marion —sonrió él—. Sólo tienes el defecto de poseer demasiado dinero.

—Lo daría, todo por un momento de felicidad, de olvido, de paz...

—No hará falta. Si alguna vez quieres ser mi esposa, Marion, tira todo ese dinero, deshazte de esa fortuna... y vivirás junto a mí. Sencilla, dignamente, pero sin los lujos de los Gordon.

—Sería maravilloso, Jim... Pero está mi padre. Cuando regrese, a pesar de todo el mal que ha hecho... tengo que volver junto a él. Porque es mi padre.

—Sí. Y porque va a necesitarte, porque se encontrará muy solo al volver. Las ratas abandonan siempre el buque que se hunde, Marion.

—Ya lo sé —suspiró—. ¿Crees que no me doy cuenta de las cosas, Jim? —respiró con fuerza—. Sin embargo, Jim... te amaré siempre. Siempre...

—Y yo a ti, Marion...

Volvieron a besarse.

* * *

Las calles aparecían desiertas, agitadas por una leve brisa. Había llovido y el agua daba un lustre gris perla a las modernísimas avenidas. El aire de la madrugada arrastraba papeles y hojarasca de los árboles cultivados artificialmente por medio de los espejos solares.

Caminaban por la amplia acera desierta y silenciosa, bajo las marquesinas de luminiscencia azulada. Algún turbomóvil o aerocar pasaba vertiginoso, llevando a rezagados madrugadores a sus domicilios o lugares de trabajo.

La vida era como siempre en cualquier ciudad. Había cosas que ni el paso de décadas o de siglos podían alterar o transformar en su sustancial aspecto y fundamento.

—Es una madrugada triste, Jim —dijo Marion, clavando sus ojos en los astros, sin soltar la mano de Jim, mientras sus pasos sonaban huecos, largos y monocordes, en el silencio de las avenidas—. Muy triste.

—Sí. El mundo tiene hoy algo de tristeza —asintió Jim—. Tal vez de verse a sí mismo y descubrir su maldad y la de sus criaturas, que hace infortunadas

a otras...

Marion dijo:

—Jim, es como pasear por el filo del tiempo. El ayer, el pasado, murió anoche. Mañana nacerá el futuro. Pero esto no es el presente. Está al margen de todo. No es apenas nada...

Asintió Jim, con expresión taciturna. Pensaba en el curioso y extraño destino que había unido a dos seres, destinados en principio a ser enemigos, con una extraña cadena de amor y de fe, amenazada ahora por la sombra de obligaciones y deberes injustos.

El joven médico miró a los astros. En algún lugar de ellos, el padre de Marion, en compañía de dos canallas, estaba buscando ávidamente una fortuna. Allá abajo, a ras de suelo, ellos dos luchaban por algo más duradero y sublime: su propio espíritu, su fe en el amor y la supervivencia del ser humano como criatura de Dios, capaz de amar, creer y sentir, lejos de ambiciones y sueños materiales.

—Es tarde, Jim. Y empieza a hacer frío —susurró Marion—. Vámonos ya. Llévame a casa, por favor...

—Sí, vamos... —asintió Jim, despacio, con dolor.

Acaso era la última vez que Marion y él estaban tan unidos, tan juntos, tan inmensamente cercanos.

Luego... ¿quién sabía lo que luego podía suceder?

Giraron a la altura de Metrópolis Circle y se encaminaron por Universal Bulevar, hacia Big Town...

Entonces uno de los televisores urbanos, de servicio de noticias, empezó a emitir. En la pantalla de vitroplast, de casi veinte metros de altura, apareció la efigie gigantesca de un locutor. Miles de altavoces, difusos y tenues, incapaces de despertar a los que dormían apaciblemente, pero en cambio claramente audibles para los oídos de los viandantes, empezaron a transmitir la voz grave del locutor:

—Señoras y señores, muy buenos días. Iniciamos el primer boletín intermundial con una crónica alarmante, que posiblemente obligue a la Federación de Estados de la Tierra a convocar urgente asamblea para mañana... Entre los Asteroides A-3 y A-19, dos naves de pasaje regular han sufrido el ataque de la extraña e inexplicable «locura espacial». Absolutamente todos los viajeros han sido atacados por el extraño mal. Una de las naves se estrelló en el Espejo Solar 3 y la otra ha sido capturada, encontrándose a diez de sus ocupantes atacados de locura furiosa, por lo que fue preciso matarles... Otros ocho habían muerto. Y de ellos, según últimas noticias, tres «carecían por completo de masa encefálica»...

Marion lanzó un grito. Mortalmente pálida, alzó su rostro hacia Jim y chilló:

—¡El Asteroide A-11... está en esa zona, Jim!

—Lo sé, Marion —dijo gravemente Farrell, sin ocuparse más de lo que hablaba el locutor de la televisión—. ¡Vamos, hay que intentar algo!

—¡Jim, espera! —ella le detuvo, con energía, cuando él daba media vuelta para iniciar la carrera—: ¡No podemos subir allá! ¡La «locura espacial» puede atacarnos!

—Tomaremos nuestras medidas... las pocas que creo pueden impedir una virulencia total del caso... ¡Y subiré en busca de tu padre, Marion!

—Y yo contigo, Jim.

—¡No! ¡Tú no debes subir! —replicó Farrell, tajante.

—Recuerda, Jim, que fui una vez tu enfermera. Ahora tengo más motivos que nunca para serlo. Te «exijo» que me lleves. ¡No tienes derecho a negármelo!

El «Doctor Space» respiró hondo. Terminó asintiendo, tras una corta duda.

—Está bien —dijo—. Tú lo quieres, Marion. Vamos allá.

CAPÍTULO VIII

¿CEREBROS ROBADOS?



L Asteroide A-11 no se diferenciaba mucho de los que, años atrás, atrás, situaron los humanos en el espacio, como principio de su avance hacia el exterior de su mundo. Asteroides artificiales, ya en desuso, de negro metal y amplia superficie, donde muchos viajeros del espacio dejaban sus vehículos, bajo los hangares dispuestos años antes que aún conservaban su eficacia, al menos en ese sentido.

—Oscuro y silencioso como una tumba —dijo Sherman con voz sorda, al detenerse el pequeño espaciocohete en la superficie del asteroide, tras un corto viaje a formidable velocidad—. No me gustan estos lugares, la verdad.

—Tampoco a mí —rezongó W. Gordon, con acento helado—. Pero quinientos millones merecen todos los sacrificios. Total, será sólo un momento...

—Sí. Allí veo asomar el vehículo amarillo —dijo Miller, señalando a un punto en el asteroide—. ¿Se puede viajar sobre la superficie de este trozo de metal flotante?

—Claro —Gordon puso en marcha el vehículo, pero a ras del suelo, sin remontarse—. Cuando volvamos a la Tierra, todo se habrá solucionado, amigos míos. Muerto Farrell y recuperado el dinero, nadie se meterá ya con nosotros.

—Y su hija habrá perdido una fortuna fabulosa.

—Ya se resignará. Yo siempre le doy lo que necesita. Ya le daré más, para que se consuele mejor...

—Y hablando de dar dinero, señor Gordon —intervino Miller con voz viscosa—. ¿Qué hay de nosotros?

—¿Ustedes? Ya cobran su parte. Pero recibirán una gratificación cuando recupere ese dinero.

—¿De cuánto? —preguntó Sherman—. ¿Un millón cada uno? Será poco, pero...

—¿Están locos? —replicó, desdeñoso, Gordon, parando el vehículo ante el hangar donde permanecía el deportivo y lujoso turbocar amarillo de Marion —. ¡Un millón, sólo por narcotizar a mi hija y acompañarme en un vuelo de unas pocas horas! Es un disparate. Ustedes reciben de mí dinero a manos llenas. Si cobran cien mil de premio, ya estará bien. Esos quinientos millones han de volver a sus dueños, todos los que son mis socios en el negocio de garitos de juego, de vicio y de drogas.

Miller y Sherman no respondieron. Se miraron entre sí y, sin articular palabra, siguieron a Gordon hacia el hangar adonde quería ir. Los tres hombres, con sus escafandras y trajes espaciales, llegaron ante el vehículo amarillo.

Lo abrió Gordon, que conocía el emplazamiento y frecuencia del ojo electrónico, y entraron los tres. Gordon cerró de nuevo la puerta. Hacía calor dentro del vehículo suntuoso y bien acondicionado. La luz azulada prestaba un aire íntimo y agradable al lugar.

Pero ninguno de los tres estaba por esos detalles ahora. La codicia, la ambición desmedida, hacía brillar malévolamente sus ojos, mientras se encaminaban en busca del indicador de presiones.

Había todo un cuadro de indicadores graduados. Pero el de presiones costó de hallar entre ellos. Por fin lo encontraron en la cámara posterior. Y debajo había un pequeño cajoncito, disimulado en el panel metálico de la nave.

Fue Gordon quien apartó a los otros y, de un tirón febril, mientras el sudor corría por su faz, empapándola intensamente, abrió el cajón e introdujo la mano.

Un par de guantes rojos salieron a relucir. Los guantes de amianto de Marion. Rebuscó en uno y lo tiró. Luego miró en el otro, muy pálido y desencajado. Por fin salió de él un pequeño sobre de tejido metálico, herméticamente cerrado.

Gordon respiró con fuerza.

—¡Aquí! —musitó—. ¡Está aquí!... ¡Ya es nuestro!... ¡Por fin!...

Se volvió vivamente, con ojos codiciosos, muy abiertos, vibrando de emoción y de júbilo.

En el acto, se detuvo, asombrado. Miró a los dos acompañantes. El doctor Miller y el doctor Sherman seguían erguidos ante él. Pero le miraban fría, fijamente, con una extraña sonrisa en sus rostros... Miller sostenía una rara cajita en su mano. Una cajita metálica, de color cárdeno.

Sherman había empuñado algo más significativo: un arma. Una pistola paralizante, que le encañonaba sin contemplaciones.

—Deme eso —pidió abruptamente Sherman—. ¡Pronto, el cheque!...

—Pero... pero ¡esto es un robo! ¡No pueden hacer eso! ¡No tienen derecho! —aulló Anders W. Gordon con expresión desorbitada—. ¡Están locos!...

—¿Locos? —rió Miller, acercándose y arrancándole al petrificado Gordon el sobrecito metálico—. Usted será el que pronto estará loco de atar, viejo maniático. Habla de robar usted que mata, roba y estafa sin contemplaciones... Ahora mandamos «nosotros». Y el cheque es pagadero al portador por todos los Bancos Mundiales.

—¡No podrán cobrarlo! ¡Si yo aparezco muerto, investigarán! ¡Y si desaparezco, también! ¡No se saldrán con la suya!

—¿No? —el doctor Miller volvió a reír de nuevo—. Escuche esto, Gordon. Ya le dije que sería usted el que pronto estaría loco de atar... y no bromeaba o hacía una frase al decírselo.

—¿Qué quiere decir? —balbuceó Gordon.

—Mire esta cajita, señor Gordon —sonriendo malignamente, exhibió el envase cárdeno—. Va a abrirse... Y verá lo que sale de ella...

La abrió de golpe, bruscamente. Fascinado, sin entender nada, Gordon asistió a la salida de una pequeña nube de diminutos mosquitos blancos, apenas visibles. Eran partículas aladas que, dispersas, hubieran sido totalmente invisibles. Juntas, formaban un reducido manchón blancuzco, que voló directamente sobre Gordon.

Éste dio un paso atrás. Los mosquitos se posaron en su cabello. Gordon chilló, llevándose las manos a la cabeza. Sintió miles de alfilerazos penetrantes y se golpeó con las manos, pugnando por arrancar a los punzantes mosquitos blancos.

Todo inútil. ¡No había ninguno en su cabello! Se golpeó, se frotó, sin que ni uno solo de los pequeños alados emergiera.

Los chillidos, cabriolas y saltos de Gordon empezaron a cobrar un aire alucinante. Sherman y Miller parecían muy divertidos contemplando el raro espectáculo. Los ojos de Gordon, dilatados, vidriosos, se fijaban en ellos.

—Por si me entiende aún, Gordon, le referiré algo —dijo fríamente Miller —. Tiene usted en su cráneo, filtrados a través de los poros de su cuero cabelludo, a los más pequeños, sutiles y mortíferos insectos del universo. Sherman y yo los hallamos en una expedición a los pantanos de Venus, hace años. Los cultivamos, al descubrir su maravillosa propiedad de encogerse hasta una reducción inverosímil, casi molecular. Luego descubrimos su otra propiedad asombrosa. ¡Son parásitos, Gordon! Pero parásitos que «se nutren de cerebros humanos» y enloquecen a quienes atacan, hasta absorber por completo su masa encefálica. Luego emergen de nuevo, regresando a su encierro, sin dejar nada. Solamente un líquido les frena. El líquido que Sherman y yo llevamos en la piel ahora para alejarlos...

Gordon no escuchaba la espeluznante historia. Estaba enloqueciéndose, revolviéndose en tierra con terribles convulsiones, desorbitada la faz, contraído su rostro horriblemente...

Miller proseguía, inexorable:

—Así, al nutrirse vuelven a sus cajas... o se extienden formando epidemia. Nosotros dejaremos que destruyan, que aniquilen... Y un día saldremos a la luz pública, presentando al mundo el antídoto capaz de destruir a esos miserables parásitos de otro mundo... ¡Simplemente, este pequeño frasco bastará para aniquilar miles, millones de nubes de esa plaga de ladrones de cerebros!

El médico, delirante en su orgullo monstruoso, exhibía en su mano, ahora, un pequeño frasco metálico, no mayor que una copa para licores. Reía, complacido, ante la agonía espantosa del que fuera su patrón.

—¡Seremos, gracias a esto, los seres supremos del Mundo! ¡Nos venerarán, se inclinarán ante nosotros... sin sospechar siquiera que nosotros mismos, previamente, lanzamos la plaga mortífera y enloquecedora sobre los humanos! ¡Es la gloria, el poder y la fortuna a la vez, Gordon! Hemos soltado ya muchos insectos. Ahora seguiremos soltando. Hay un vivero en nuestro laboratorio, de donde surgirán miles y miles de ellos... La epidemia crece ya, y la gente se llena de horror. ¿Quién va a imaginar que son simples mosquitos, diminutos como puntas de alfiler, capaces de penetrar por cualquier resquicio? ¿Y quién va a relacionarnos a nosotros con esa plaga, ahora ni nunca?...

Reía, reía sádicamente, mientras Gordon se revolcaba, agonizante, en su terrible locura. Ambos médicos se encaminaron a la salida. Antes de llegar a ella, Sherman interrogó a su compañero:

—¿No vamos a ver si ese sobre contiene el cheque antes de irnos?

—Por supuesto que lo contiene —sonrió el otro—. Pero lo veremos, para nuestra tranquilidad. Vámonos ahora. Dejaremos a Gordon aquí hasta que lo encuentren o se destroce él mismo.

Abrieron la puerta y salieron al exterior. Atrás, los gritos espantosos de Anders W. Gordon hubieran helado la sangre en las venas de cualquiera que no fuese aquellos dos terribles monstruos.

Cerraron tras de sí el vehículo amarillo. Sherman desconectó el ojo electrónico, rompiéndolo a golpes. Así, Gordon no podría salir del vehículo.

—Bien. Ahora veamos el contenido del sobre —rió Miller, rasgando el papel metálico. Quinientos millones para dos... Una buena fortuna, ¿eh, Sherman?

Se detuvo petrificado. El sobre había sido abierto ya. Y contenía un papel doblado, ciertamente. Pero sin apariencia de billete o cheque. Era un papel vulgar que Miller, lívido, desdobló con una imprecación.

—¡Engañados! —aulló—. ¡Esa maldita mujer nos engañó!... —gritó furioso, mostrando el papel a su compañero.

Sherman leyó, tambaleándose, las letras del burlón mensaje:

«Todo inútil. El dinero está a salvo. Lamento vuestra decepción».

Y en aquel, preciso instante, de la negrura del espacio, silencioso y amenazador, emergió un cuerpo metálico, la forma de un supercohete ultrarrápido, del que brotó un enorme haz de luz que envolvió a los dos hombres, inmóviles sobre la superficie del asteroide.

—¡Entregaos! —gritó una voz potente, por un altavoz de a bordo de la nave—. ¡Estáis perdidos!

Alzaron la cabeza, cegados y trémulos de terror. Vieron la forma del vehículo, suspendido sobre sus cabezas, flotando en el vacío, a escasa distancia de la superficie del metálico asteroide, envolviéndoles en el chorro de blanca luz, bajo el cual se retorcían, asustados, buscando en vano la protección de las sombras.

—¡No hay escapatoria! —era la voz potente, sonora, de Jim Farrell, difundiendo palabras por el gran altavoz exterior—. ¡Tirad las armas o seréis desintegrados por un proyector nuclear!

La amenaza era perfectamente realizable desde el cohete. Y ellos lo sabían.

Tiraron sus armas y alzaron los brazos al cielo.

—¡Nos rendimos, no hagan nada! —añiló Miller.

—¿Dónde está Gordon? ¡Hablad, vamos! ¿Qué hicisteis con él? —gritó la voz de Jim.

—Dentro... —jadeó Sherman, asustadísimo—. Pero ¡fue Miller quien le hizo enloquecer, no yo!...

—¡Estúpido! —aulló Miller furioso, revolviéndose hacia él—. ¡No hables de la locura! ¡Lo revelarás todo, imbécil!

Pero ya era tarde. Arriba, en la nave, Jim Farrell, de súbito, había visto claro. La locura... lo que él llegó a pensar que era una peste del espacio e incluso una invasión de invisibles monstruos devoradores de cráneos... «¡Era provocada por aquellos dos seres abominables!».

Se volvió en los mandos, contemplando la faz lívida, convulsa, de Marion, que había escuchado también... aquellas palabras.

—Lo siento —musitó, dolorido—. No creo que tu padre tenga ya salvación, si esa locura es como imagino... Pero ahora sabemos que sus propagadores son hombres, seres humanos... ¡Esos perros de ahí abajo! Y por Dios que van a pagar su infamia a muy alto precio...

Posó lentamente la nave frente a los dos hombres. Éstos no se movieron. De haberlo hecho, les hubiese barrido con una carga nuclear.

Ahora sí percibían los gritos terribles de Gordon. Marion quería entrar en el vehículo. Se lo dijo claramente a Jim:

—¡Entraré a por mi padre! ¡Es posible que aún podamos...!

—No, Marion, no entrarás en ninguna parte —dijo sordamente Jim—. Antes interrogaremos a esos hombres. Y con mucho cuidado. Cualquiera de las cosas que lleven consigo puede ser el medio de difundir la locura del espacio... Jamás fueron buenos médicos, pero utilizaron sus conocimientos en crear un mal. ¿Qué otra cosa podía esperarse de alimañas como ellos?

Saltaron al suelo del asteroide. Jim, pistola en mano, se movió hacia ellos con firmeza. Avisó duramente a los dos:

—Vengo dispuesto a todo. Intente algo cualquiera de los dos y le destrozaré. Vais a hablarme de esa locura artificial, antes de que entremos a por el infortunado Gordon. ¡Vamos, soltad la lengua! ¡Tú, Sherman!...

—¡No digas nada! —aulló Miller a su compañero—. ¡Si hablas, yo...!

Movió una mano, para golpear a Sherman. Farrell no vaciló; apretó el disparador de su arma y le hizo mil pedazos el brazo derecho, con un proyectil corrosivo. El mutilado doctor comenzó a aullar, revolcándose por el suelo, a causa del vivísimo dolor.

—Eso es un simple aviso, Sherman —dijo glacialmente—. Ahora hablará, ¿verdad?

—Sí, sí... —jadeó el médico, vencido.

CAPÍTULO IX

FINAL



ECUERDA lo que te dije, Marion. Era inútil hacerse ilusiones. Nada podía salvar ya a tu padre. Y eso que entonces ignoraba la terrible naturaleza de la locura del espacio, ese maldito mosquito de Venus, tratado de un modo especial por esos dos monstruos...

Marion Gordon asintió, apartándose del lugar donde había sido sepultado Anders W. Gordon, el hombre que vivió indignamente y murió víctima de sus propias felonías, a manos de seres aún peores que él mismo.

Jim la ayudó a caminar, mientras el sol se ponía en la distancia, tras los edificios blancos y las murallas del gran cementerio. Regresaron al turbomóvil que les esperaba para devolverles a la ciudad.

—A pesar de todos sus defectos, Jim... era mi padre —musitó ella.

—Lo comprendo. Tú eres diferente a todos ellos, Marion. Te admiro por todo. Pero date cuenta de que, en cierto modo, su muerte ha sido como una redención. Para él... y para el mundo. Un mundo amenazado de una epidemia terrible, se ha salvado al matar esos hombres a tu padre. Fue la última hazaña de la «peste blanca».

—¿Han sido destruidos los mosquitos del vivero de Miller y Sherman?

—Sí, Marion, hasta el último insecto murió. El contraveneno era eficaz en pequeñas dosis. Ahora los laboratorios fabrican cantidades ingentes y se envían por doquier, para terminar con los casos aislados, con los que pudieran quedar sueltos, en la Tierra o en el espacio. La epidemia se ha vencido. Y con ella la injusticia de unos seres perversos y crueles. A ti te deberán la mayor parte de todo esto, Marion.

—¿Y a ti no, «Doctor Space»? —preguntó ella, con triste y débil sonrisa, apoyándose en el hombro de Jim Farrell, que conducía el turbomóvil por una de las vías aéreas de la zona suburbana.

—No tanto como a ti, querida... De no mediar tu intervención, jamás hubiera vencido la justicia.

Hubo un silencio. Luego habló Marion:

—¿Sabes una cosa, Jim?

—¿Qué, querida?

—Mi fortuna... Ya no la poseo.

—¿No? ¿Qué hiciste con ella?

—Entregarla para fondos de utilidad pública. No tengo un centavo.

—Magnifico. Sabrás lo que es ganar el dinero honradamente, sin abundancia, sin lujos, pero con alegría de espíritu. Y sabrás lo que es tener a un esposo que te mantenga.

—Jim, será maravilloso...

—Pero un momento, Marion.

—¿Qué? —ella le miró sorprendida.

Jim había frenado, para mirarla cara a cara.

—El Consejo de la Sociedad Internacional de Progreso Científico, está patrocinando el coste enorme de mi futuro Hospital del Espacio, aquello por lo que soñé toda mi vida, aquello que puede salvar muchas vidas, en casos como el de esta epidemia pasada y situaciones parecidas, Marion.

—Bien. ¿Y qué, Jim?

—Esa subvención, esa fe en mí... ¿no es obra tuya, de tu dinero?

Marion Gordon sonrió. Luego inclinó la cabeza, con un suspiro. Y confesó:

—Te seré franca, Jim. Pensé hacerlo. Se lo propuse a la Sociedad, y ellos aceptaron. Iba a ser pagado con mi dinero, es cierto. Pero luego, al presentarles tú el proyecto... me notificaron que no era ninguna insensatez, sino la más bella realidad a que se podía aspirar, por el bien común de la Humanidad y el triunfo de la Ciencia más allá de nuestro planeta. Rechazaron mi oferta financiera... y resolvieron ellos, por unanimidad, ser la empresa constructora del nuevo Satélite Hospital, donde tú, «Doctor Space», verás cumplido tu sueño de toda una vida.

Farrell dijo:

—Marion, aunque no sea obra tuya... para mí lo será siempre. Obra de tu fe, de tu bondad y de tu desinterés...

Se unieron sus labios. Al separarse, Marion sólo supo decirle:

—Todo es obra tuya, mi adorado «Doctor Space»...

Y Jim Farrell respondió suavemente:

—Te quiero, Marion. Y tengo fe en el porvenir del mundo, mientras existan el amor y la nobleza.



¿Qué pavoroso secreto ocultaba el Océano?

¿Con qué alucinante enigma se enfrentó Edgard Fulton al elegir aquel lugar para sus vacaciones?

HABÍAN LLEGADO DE UN MUNDO LEJA-NO... PARA REHACER EN LA TIERRA UN IMPERIO YA EXTINGUIDO. ¡Y SU DESEO IBA A COSTAR MILLONES DE VIDAS SI ALGUIEN NO LO IMPEDÍA!

LOS ATLANTES

¡Un mundo espeluznante y despiadado ame-nazaba a la Tierra con su gigantesco plan de destrucción!



¡USTED SENTIRÁ EN SU OÍDO EL ARDIENTE ZUMBIDO DE LOS TEMIBLES «COLTS»...!

Porque usted leerá emocionado las narraciones de! Oeste de más impresionante realismo.

Colección RUTAS del OESTE

Hombres tenaces, cínicos granujas» aventureros anda ces y mujeres de temple y de abnegada entereza, dejaron en las polvorientas rutas de aquel país que estaba naden do, la esperanzadora semilla de una nueva civilización.

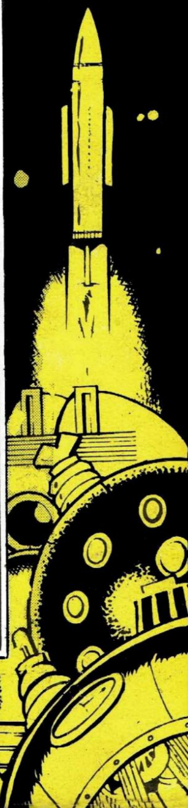
Colección RUTAS del OESTE

USTED YA SABE QUE LA LECTURA DE TODOS SUS VOLUMENES ES UNA EMOCIÓN E INTERÉS SIN PRECEDENTES.

PERO SI LO IGNORA TODAVÍA...

¡HAGA USTED LA PRUEBA AHORA MÍSMO!





Escena de la película LOS HIJOS DEL VOLCAN
(Chamartín)

Precio en España: 7.- ptas. En Argentina: 11 pesos.